



Jack London

La Peste Escarlata

E LEJANDRIA

Jack London

La Peste Escarlata

E LEJANDRIA



**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA PESTE ESCARLATA

JACK LONDON

**PUBLICADO: 1915
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

LA PESTE ESCARLATA

JACK LONDON

El camino seguía a lo largo de lo que una vez había sido el terraplén de un ferrocarril. Pero ningún tren había circulado por allí durante muchos años. El bosque a ambos lados ascendía por las laderas del terraplén y lo coronaba en una ola verde de árboles y arbustos. El sendero era tan estrecho como el cuerpo de un hombre, y no era más que una vía de paso de animales salvajes. De vez en cuando, un trozo de hierro oxidado, asomando a través del mantillo del bosque, anunciaba que el riel y las traviesas aún permanecían. En un lugar, un árbol de diez pulgadas, que había estallado en una junta, había levantado el extremo de un riel claramente a la vista. Evidentemente, la traviesa había seguido al riel, sostenida por el clavo el tiempo suficiente para que su lecho se llenara de grava y hojas podridas, de modo que ahora la madera desmoronada y podrida se alzaba en una inclinación curiosa. Por antiguo que fuera el camino, era evidente que había sido del tipo monorraíl.

Un anciano y un niño viajaban por este sendero. Se movían lentamente, pues el anciano era muy viejo, un toque de parálisis hacía que sus movimientos fueran temblorosos, y se apoyaba fuertemente en su bastón. Una rudimentaria gorra de cráneo de piel de cabra protegía su cabeza del sol. Debajo de ésta caía un escaso flequillo de cabello manchado y blanco sucio. Una visera,

ingeniosamente hecha de una hoja grande, protegía sus ojos, y desde debajo de ésta miraba el camino a sus pies en el sendero. Su barba, que debería haber sido blanca como la nieve pero que mostraba el mismo desgaste por el clima y las manchas del campamento que su cabello, caía casi hasta su cintura en una gran masa enmarañada. Alrededor de su pecho y hombros colgaba una sola y raída prenda de piel de cabra. Sus brazos y piernas, marchitos y huesudos, evidenciaban una edad extrema, así como también su bronceado y las cicatrices y arañazos que mostraban largos años de exposición a los elementos.

El niño, que iba delante, frenando el entusiasmo de sus músculos al lento progreso del anciano, también llevaba una sola prenda: un trozo de piel de oso con bordes raídos, con un agujero en el medio por el que había pasado su cabeza. No podía tener más de doce años. Tucked coquetamente sobre una oreja estaba la cola recién cortada de un cerdo. En una mano llevaba un arco de tamaño mediano y una flecha.

En su espalda había un carcaj lleno de flechas. De una vaina que colgaba alrededor de su cuello en un cordel, sobresalía el mango abollado de un cuchillo de caza. Era tan moreno como una baya y caminaba suavemente, con un andar casi felino. En marcado contraste con su piel bronceada estaban sus ojos: azules, de un azul profundo, pero agudos y penetrantes como un par de barrenas. Parecían perforar todo a su alrededor de una manera que le era habitual. Mientras avanzaba, olía las cosas también, sus fosas nasales dilatadas y temblorosas llevando a su cerebro una serie interminable de mensajes del mundo exterior. Además, su oído era agudo y había sido tan entrenado que operaba automáticamente. Sin esfuerzo consciente, escuchaba todos los leves sonidos en la aparente quietud: escuchaba, diferenciaba y clasificaba estos sonidos, ya fueran del viento agitando las hojas, del zumbido de abejas y mosquitos, del distante retumbar del mar que le llegaba solo en las pausas, o del tuza, justo bajo su pie, empujando una bolsa llena de tierra en la entrada de su agujero.

De repente se puso alerta y tenso. El sonido, la vista y el olor le habían dado una advertencia simultánea. Su mano retrocedió hacia el anciano, tocándolo, y la pareja se detuvo. Más adelante, a un lado de la cima del terraplén, surgió un crujido, y la mirada del niño se fijó en las copas de los arbustos agitados. Entonces, un gran oso, un grizzly, irrumpió a la vista y también se detuvo abruptamente al ver a los humanos. No le gustaron y gruñó quejumbrosamente. Lentamente, el niño ajustó la flecha al arco y lentamente tensó la cuerda. Pero nunca apartó sus ojos del oso.

El anciano miró desde debajo de su hoja verde al peligro y permaneció tan quieto como el niño. Durante unos segundos continuó este mutuo escrutinio; luego, el oso mostrando una creciente irritabilidad, el niño, con un movimiento de su cabeza, indicó que el anciano debía apartarse del sendero y bajar por el terraplén. El niño lo siguió, retrocediendo, aún manteniendo el arco tenso y listo. Esperaron hasta que un crujido entre los arbustos del lado opuesto del terraplén les dijo que el oso había seguido su camino. El niño sonrió mientras regresaba al sendero.

"Un grande, Granser", se rió.

El anciano negó con la cabeza.

"Cada día hay más", se quejó con un falsete débil e inestable. "¿Quién hubiera pensado que viviría para ver el tiempo en que un hombre temería por su vida en el camino a Cliff House? Cuando yo era un niño, Edwin, hombres y mujeres y pequeños bebés solían venir aquí desde San Francisco por decenas de miles en un día agradable. Y entonces no había osos. No, señor. Solían pagar dinero para verlos en jaulas, eran tan raros."

"¿Qué es dinero, Granser?"

Antes de que el anciano pudiera responder, el niño recordó y triunfalmente metió su mano en una bolsa bajo su piel de oso y sacó un dólar de plata abollado y deslustrado. Los ojos del anciano brillaron mientras acercaba la moneda a ellos.

"No puedo ver", murmuró. "Mira y ve si puedes distinguir la fecha, Edwin."

El niño se rió.

"Eres un gran Granser", exclamó encantado, "siempre fingiendo que esas pequeñas marcas significan algo."

El anciano manifestó una acostumbrada mortificación mientras acercaba de nuevo la moneda a sus propios ojos.

"2012", chilló, y luego se puso a cacarear grotescamente. "Ese fue el año en que Morgan el Quinto fue nombrado Presidente de los Estados Unidos por la Junta de Magnates. Debe haber sido una de las últimas monedas acuñadas, pues la Muerte Escarlata vino en 2013. ¡Señor! ¡Señor!—¡piensa en ello! Hace sesenta años, y soy la única persona viva hoy que vivió en esos tiempos. ¿Dónde la encontraste, Edwin?"

El niño, que lo había estado observando con la curiosa tolerancia que se concede a los balbuceos de los débiles mentales, respondió prontamente.

"Se la quité a Hoo-Hoo. La encontré cuando estábamos pastoreando cabras cerca de San José la primavera pasada. Hoo-Hoo dijo que era dinero. ¿No tienes hambre, Granser?"

El anciano agarró su bastón con un agarre más fuerte y avanzó por el sendero, sus viejos ojos brillando ávidamente.

"Espero que Har-Lip haya encontrado un cangrejo... o dos", murmuró. "Son buenos para comer, los cangrejos, muy buenos cuando ya no tienes más dientes y tienes nietos que aman a su viejo abuelo y se preocupan por atrapar cangrejos para él. Cuando yo era un niño—"

Pero Edwin, detenido de repente por lo que vio, estaba tensando la cuerda del arco con una flecha colocada. Se había detenido al borde de una hendidura en el terraplén. Un antiguo desagüe aquí se había lavado, y el arroyo, ya no confinado, había cortado un paso a través del relleno. En el lado opuesto, el extremo de un riel

sobresalía y colgaba. Se mostraba oxidado a través de las enredaderas que lo cubrían. Más allá, agazapado junto a un arbusto, un conejo miraba hacia él con vacilante temblor. La distancia era de cincuenta pies, pero la flecha voló certera; y el conejo atravesado, gritando de súbito miedo y dolor, luchó dolorosamente hacia el matorral. El niño mismo fue un destello de piel morena y pelaje volador mientras bajaba por la empinada pared de la brecha y subía por el otro lado. Sus músculos delgados eran resortes de acero que se liberaban en una acción graciosa y eficiente. Cien pies más allá, en una maraña de arbustos, alcanzó a la criatura herida, golpeó su cabeza contra el tronco conveniente de un árbol y se la entregó a Granser para que la llevara.

"El conejo es bueno, muy bueno", balbuceó el anciano, "pero cuando se trata de una delicia sabrosa, prefiero el cangrejo. Cuando yo era un niño—"

"¿Por qué dices tantas cosas que no tienen sentido?" interrumpió Edwin con impaciencia la amenazada verborrea del otro.

El niño no pronunció exactamente estas palabras, sino algo que remotamente las asemejaba y que era más gutural y explosivo y económico en frases calificativas. Su habla mostraba un parentesco distante con la del anciano, y la del anciano era aproximadamente un inglés que había pasado por un baño de uso corrupto.

"Lo que quiero saber", continuó Edwin, "es por qué llamas al cangrejo 'delicia sabrosa'. El cangrejo es cangrejo, ¿no es así? Nadie que yo haya oído lo llama cosas tan extrañas."

El anciano suspiró pero no respondió, y continuaron en silencio. El estruendo de las olas creció repentinamente más fuerte al emerger del bosque hacia una extensión de dunas de arena que bordeaban el mar. Unas pocas cabras estaban pastando entre las colinas arenosas, y un muchacho vestido con pieles, ayudado por un perro de aspecto lobuno que solo recordaba vagamente a un collie, las estaba vigilando. Mezclado con el rugido del oleaje había un continuo ladrido o bramido de garganta profunda que venía de un grupo de

rocas dentadas a cien yardas de la orilla. Aquí enormes leones marinos se encaramaban para tumbarse al sol o luchar entre sí. En primer plano inmediato se elevaba el humo de un fuego, atendido por un tercer muchacho de aspecto salvaje. Agachados cerca de él había varios perros lobunos similares al que custodiaba las cabras.

El anciano aceleró el paso, olfateando con avidez mientras se acercaba al fuego.

"¡Mejillones!" murmuró extáticamente. "¡Mejillones! ¿Y no es eso un cangrejo, Hoo-Hoo? ¿No es eso un cangrejo? Vaya, vaya, ustedes muchachos son buenos con su viejo abuelo."

Hoo-Hoo, que aparentemente tenía la misma edad que Edwin, sonrió.

"Todo lo que quieras, Granser. Tengo cuatro."

La ansiosa agitación del anciano era lastimosa. Sentándose en la arena tan rápido como sus rígidos miembros se lo permitieron, sacó un gran mejillón de roca de entre las brasas. El calor había forzado sus conchas a abrirse, y la carne, de color salmón, estaba completamente cocida. Entre el pulgar y el índice, con apresurada ansiedad, atrapó el bocado y lo llevó a su boca. Pero estaba demasiado caliente, y al momento siguiente lo escupió violentamente. El anciano farfulló de dolor, y las lágrimas corrieron de sus ojos por sus mejillas.

Los muchachos eran verdaderos salvajes, poseyendo solo el cruel humor del salvaje. Para ellos, el incidente fue tremendamente divertido, y estallaron en fuertes carcajadas. Hoo-Hoo danzó de arriba abajo, mientras Edwin rodaba alegremente por el suelo. El muchacho con las cabras vino corriendo para unirse a la diversión.

"Ponlos a enfriar, Edwin, ponlos a enfriar", suplicó el anciano en medio de su aflicción, sin hacer ningún intento por limpiar las lágrimas que aún fluían de sus ojos. "Y enfría un cangrejo, Edwin, también. Sabes que a tu abuelo le gustan los cangrejos."

De las brasas surgía un gran chisporroteo, que procedía de los muchos mejillones que abrían sus conchas y exudaban su humedad. Eran grandes moluscos, de entre tres y seis pulgadas de longitud. Los muchachos los sacaron con palos y los colocaron sobre un gran trozo de madera a la deriva para enfriarlos.

"Cuando yo era un niño, no nos reíamos de nuestros mayores; los respetábamos."

Los muchachos no prestaron atención, y Granser continuó balbuceando un flujo incoherente de quejas y censuras. Pero esta vez fue más cuidadoso y no se quemó la boca. Todos comenzaron a comer, sin usar más que sus manos y haciendo ruidos fuertes con la boca y chupando los labios. El tercer muchacho, que se llamaba Hare-Lip (Labio Leporino), depositó disimuladamente un pellizco de arena en un mejillón que el anciano llevaba a su boca; y cuando el grano de arena mordió la membrana mucosa y las encías del viejo, la risa fue de nuevo clamorosa. No se dio cuenta de que le habían gastado una broma, y farfulló y escupió hasta que Edwin, compadeciéndose, le dio una calabaza de agua fresca con la que enjuagarse la boca.

"¿Dónde están esos cangrejos, Hoo-Hoo?" exigió Edwin. "Granser está empeñado en tener un bocado."

De nuevo los ojos de Granser ardieron con avidez cuando se le entregó un gran cangrejo. Era una concha con patas y todo completo, pero la carne hacía mucho que había desaparecido. Con dedos temblorosos y balbuceos de anticipación, el anciano rompió una pata y la encontró vacía.

"¿Los cangrejos, Hoo-Hoo?" gimió. "¿Los cangrejos?"

"Te estaba tomando el pelo, Granser. ¡No hay cangrejos! No encontré ninguno."

Los muchachos se llenaron de deleite al ver las lágrimas de decepción senil que goteaban por las mejillas del anciano. Entonces, sin que él lo notara, Hoo-Hoo reemplazó la concha vacía por un cangrejo recién cocido. Ya desmembrado, de las patas agrietadas la

carne blanca desprendía una pequeña nube de vapor sabroso. Esto atrajo las fosas nasales del anciano, y miró hacia abajo asombrado.

El cambio de su estado de ánimo a uno de alegría fue inmediato. Farfulló y murmuró y masculló, haciendo casi un arrullo de deleite mientras comenzaba a comer. De esto los muchachos prestaron poca atención, pues era un espectáculo acostumbrado. Tampoco notaron sus ocasionales exclamaciones y expresiones de frases que no significaban nada para ellos, como, por ejemplo, cuando se relamía los labios y masticaba sus encías mientras murmuraba: "¡Mayonesa! Solo pensar—¡mayonesa! ¡Y han pasado sesenta años desde que se hizo la última! ¡Dos generaciones y nunca un olor de ella! ¡Vaya, en esos días se servía en cada restaurante con cangrejo!"

Cuando no pudo comer más, el anciano suspiró, se limpió las manos en sus piernas desnudas y contempló el mar. Con el contento de un estómago lleno, se puso nostálgico.

"¡Pensar en ello! He visto esta playa llena de hombres, mujeres y niños en un domingo agradable. Y no había osos para comérselos, tampoco. Y justo allá arriba en el acantilado había un gran restaurante donde podías conseguir cualquier cosa que quisieras comer. Cuatro millones de personas vivían en San Francisco entonces. Y ahora, en toda la ciudad y el condado no hay cuarenta en total. Y allá en el mar había barcos y barcos siempre a la vista, entrando por el Golden Gate o saliendo. Y aeronaves en el aire—dirigibles y máquinas voladoras. Podían viajar doscientas millas por hora. Los contratos de correo con el New York and San Francisco Limited exigían eso como mínimo. Había un tipo, un francés, olvidé su nombre, que logró hacer trescientas; pero la cosa era arriesgada, demasiado arriesgada para personas conservadoras. Pero estaba en la pista correcta, y lo habría logrado si no hubiera sido por la Gran Plaga. Cuando yo era un niño, había hombres vivos que recordaban la llegada de los primeros aeroplanos, y ahora he vivido para ver el último de ellos, y eso hace sesenta años."

El anciano balbuceaba, sin ser escuchado por los muchachos, que estaban acostumbrados desde hace tiempo a su locuacidad, y cuyos

vocabularios, además, carecían de la mayor parte de las palabras que usaba. Era notable que en estos soliloquios errantes su inglés parecía recrudecer en una mejor construcción y fraseología. Pero cuando hablaba directamente con los muchachos, recaía en gran medida en sus propias formas toscas y simples.

"Pero en esos días no había muchos cangrejos", continuó el anciano. "Se habían pescado y eran grandes delicias. La temporada abierta solo duraba un mes, también. Y ahora los cangrejos son accesibles todo el año. ¡Piensa en ello—capturando todos los cangrejos que quieras, cuando quieras, en el oleaje de la playa de Cliff House!"

Una repentina conmoción entre las cabras hizo que los muchachos se pusieran de pie. Los perros alrededor del fuego corrieron a unirse a su compañero que custodiaba las cabras, mientras que las cabras mismas se estampaban en dirección a sus protectores humanos. Media docena de formas, delgadas y grises, se deslizaron sobre las colinas de arena y enfrentaron a los perros erizados. Edwin arqueó una flecha que cayó corta. Pero Hare-Lip, con una honda como la que David llevó a la batalla contra Goliat, lanzó una piedra por el aire que silbó por la velocidad de su vuelo. Cayó directamente entre los lobos y los hizo escabullirse hacia las oscuras profundidades del bosque de eucaliptos.

Los muchachos rieron y se tumbaron de nuevo en la arena, mientras Granser suspiraba pesadamente. Había comido demasiado y, con las manos entrelazadas sobre su vientre, reanudó sus divagaciones.

"Los efímeros sistemas se desvanecen como espuma", murmuró lo que evidentemente era una cita. "Así es—espuma, y efímera. Todo el trabajo del hombre en el planeta fue solo espuma. Domesticó a los animales útiles, destruyó a los hostiles y limpió la tierra de su vegetación salvaje. Y luego pasó, y la inundación de vida primordial regresó de nuevo, barriendo su obra—las malezas y el bosque inundaron sus campos, las bestias de presa arrasaron sus rebaños, y ahora hay lobos en la playa de Cliff House." Estaba consternado por

el pensamiento. "Donde cuatro millones de personas se divertían, los lobos salvajes deambulan hoy, y la prole salvaje de nuestros lomos, con armas prehistóricas, se defienden contra los colmillos despojadores. ¡Piensa en ello! Y todo por la Muerte Escarlata—"

El adjetivo había captado el oído de Hare-Lip.

"Siempre dice eso", dijo a Edwin. "¿Qué es escarlata?"

"El escarlata de los arcos puede conmoverme como el grito de cornetas pasando", citó el anciano.

"Es rojo", respondió Edwin a la pregunta. "Y no lo sabes porque vienes de la Tribu de los Chauffeurs. Ellos nunca supieron nada, ninguno de ellos. Escarlata es rojo—yo lo sé."

"Rojo es rojo, ¿no?" gruñó Hare-Lip. "Entonces, ¿de qué sirve ponerse engreído y llamarlo escarlata?"

"Granser, ¿por qué siempre dices tanto que nadie entiende?" preguntó. "Escarlata no es nada, pero rojo es rojo. ¿Por qué no dices rojo, entonces?"

"Rojo no es la palabra correcta", fue la respuesta. "La plaga era escarlata. Todo el rostro y el cuerpo se volvían escarlata en una hora. ¿Acaso no lo sé? ¿No vi suficiente de ello? Y te estoy diciendo que era escarlata porque... bueno, porque era escarlata. No hay otra palabra para ello."

"Rojo es suficiente para mí", murmuró obstinadamente Hare-Lip. "Mi papá llama rojo al rojo, y él debería saber. Dice que todos murieron de la Muerte Roja."

"Tu papá es un tipo común, descendiente de un tipo común", replicó Granser acaloradamente. "¿Acaso no conozco los comienzos de los Chauffeurs? Tu abuelo era un chauffeur, un sirviente, y sin educación. Trabajaba para otras personas. Pero tu abuela era de buena estirpe, solo que los hijos no se parecieron a ella. ¿Acaso no recuerdo cuando los conocí por primera vez, pescando en el Lago Temescal?"

"¿Qué es educación?" preguntó Edwin.

"Llamar escarlata al rojo", se burló Hare-Lip, luego volvió al ataque contra Granser. "Mi papá me dijo, y lo obtuvo de su papá antes de que muriera, que tu esposa era de Santa Rosa, y que seguro que no valía nada. Dijo que era una sirvienta antes de la Muerte Roja, aunque no sé qué es una sirvienta. Puedes decírmelo, Edwin."

Pero Edwin sacudió la cabeza en señal de ignorancia.

"Es cierto, era una camarera", reconoció Granser. "Pero era una buena mujer, y tu madre era su hija. Las mujeres eran muy escasas en los días después de la Plaga. Ella fue la única esposa que pude encontrar, incluso si era una sirvienta, como tu padre la llama. Pero no es bueno hablar de nuestros progenitores de esa manera."

"Papá dice que la esposa del primer Chauffeur era una dama—"

"¿Qué es una dama?" preguntó Hoo-Hoo.

"Una dama es una squaw de Chauffeur", fue la rápida respuesta de Hare-Lip.

"El primer Chauffeur fue Bill, un tipo común, como dije antes", expuso el anciano; "pero su esposa era una dama, una gran dama. Antes de la Muerte Escarlata, era la esposa de Van Worden. Él era Presidente de la Junta de Magnates Industriales, y era uno de la docena de hombres que gobernaban América. Valía mil ochocientos millones de dólares—monedas como las que tienes ahí en tu bolsa, Edwin. Y luego vino la Muerte Escarlata, y su esposa se convirtió en la esposa de Bill, el primer Chauffeur. Él solía golpearla, también. Lo he visto yo mismo."

Hoo-Hoo, acostado boca abajo y cavando ociosamente con los dedos de los pies en la arena, gritó y examinó, primero, su uña del pie, y luego, el pequeño agujero que había cavado. Los otros dos muchachos se unieron a él, excavando la arena rápidamente con sus manos hasta que quedaron expuestos tres esqueletos. Dos eran de

adultos, el tercero siendo el de un niño a medio crecer. El anciano se arrastró por el suelo y miró el hallazgo.

"Víctimas de la Plaga", anunció. "Así fue como murieron en todas partes en los últimos días. Esto debe haber sido una familia, huyendo del contagio y pereciendo aquí en la playa de Cliff House. Ellos—¿qué estás haciendo, Edwin?"

Esta pregunta fue hecha con repentino desaliento, cuando Edwin, usando la parte trasera de su cuchillo de caza, comenzó a arrancar los dientes de las mandíbulas de uno de los cráneos.

"Voy a ensartarlos", fue la respuesta.

Los tres muchachos estaban ahora en plena tarea; y surgió bastante un golpeteo y martilleo, en el que Granser balbuceaba sin ser notado.

"Son verdaderos salvajes. Ya ha comenzado la costumbre de usar dientes humanos. En otra generación perforarán sus narices y orejas y llevarán adornos de hueso y concha. Lo sé. La raza humana está condenada a retroceder cada vez más en la noche primitiva antes de que de nuevo comience su sangriento ascenso hacia la civilización. Cuando aumentemos y sintamos la falta de espacio, procederemos a matarnos unos a otros. Y entonces supongo que llevarán cabelleras humanas en la cintura, también, como tú, Edwin, que eres el más gentil de mis nietos, ya has comenzado con esa vil coleta. Deshazte de ella, Edwin, muchacho; deshazte de ella."

"Qué parloteo hace el viejo chiflado", comentó Hare-Lip, cuando, habiendo extraído todos los dientes, comenzaron un intento de división equitativa.

Eran muy rápidos y abruptos en sus acciones, y su habla, en momentos de acalorada discusión sobre la asignación de los dientes más valiosos, era verdaderamente un parloteo. Hablaban en monosílabos y frases cortas y bruscas que eran más un galimatías que un lenguaje. Y sin embargo, a través de ello corrían indicios de construcción gramatical, y aparecían vestigios de la conjugación de alguna cultura superior. Incluso el habla de Granser estaba tan

corrupta que si se pusiera literalmente, sería casi un sinsentido para el lector. Esto, sin embargo, era cuando hablaba con los muchachos.

Cuando entraba en pleno ritmo de balbuceo consigo mismo, lentamente se depuraba en inglés puro. Las oraciones se alargaban y se pronunciaban con un ritmo y facilidad que recordaban la plataforma de conferencias.

"Cuéntanos sobre la Muerte Roja, Granser", exigió Hare-Lip, cuando el asunto de los dientes se había resuelto satisfactoriamente.

"La Muerte Escarlata", corrigió Edwin.

"Y no nos hables en esa jerga rara", continuó Hare-Lip. "Habla sensato, Granser, como debería hablar un Santa Rosano. Los otros Santa Rosanos no hablan como tú."

CAPÍTULO II

El anciano mostró placer al ser así convocado. Aclaró su garganta y comenzó.

"Hace veinte o treinta años mi historia era muy solicitada. Pero en estos días nadie parece interesado..."

"¡Ya vas de nuevo!" exclamó Hare-Lip con vehemencia. "Deja de decir cosas raras y habla sensato. ¿Qué es 'interesado'? Hablas como un bebé que no sabe cómo."

"Déjalo en paz", instó Edwin, "o se enfadará y no hablará en absoluto. Sáltate las partes raras. Entenderemos algo de lo que nos cuenta."

"Déjalo ir, Granser", animó Hoo-Hoo; pues el anciano ya estaba divagando sobre la falta de respeto hacia los mayores y la regresión

a la crueldad de todos los humanos que caían de una alta cultura a condiciones primitivas.

El relato comenzó.

"Había muchísima gente en el mundo en esos días. Solo San Francisco tenía cuatro millones..."

"¿Qué son millones?" interrumpió Edwin.

Granser lo miró amablemente.

"Sé que no puedes contar más allá de diez, así que te lo diré. Levanta tus dos manos. En ambas tienes en total diez dedos y pulgares. Muy bien. Ahora tomo este grano de arena—tú sostenlo, Hoo-Hoo." Dejó caer el grano de arena en la palma del muchacho y continuó. "Ahora, ese grano de arena representa los diez dedos de Edwin. Agrego otro grano. Son diez dedos más. Y agrego otro, y otro, y otro, hasta que haya agregado tantos granos como Edwin tiene dedos y pulgares. Eso hace lo que llamo cien. Recuerda esa palabra—cien. Ahora pongo este guijarro en la mano de Hare-Lip. Representa diez granos de arena, o diez decenas de dedos, o cien dedos. Pongo diez guijarros. Representan mil dedos. Tomo una concha de mejillón, y representa diez guijarros, o cien granos de arena, o mil dedos..." Y así, laboriosamente, y con mucha reiteración, se esforzó por construir en sus mentes una concepción rudimentaria de los números. A medida que las cantidades aumentaban, hacía que los muchachos sostuvieran diferentes magnitudes en cada una de sus manos. Para sumas aún mayores, colocaba los símbolos en el tronco de madera a la deriva; y para símbolos estaba en apuros, viéndose obligado a usar los dientes de los cráneos para millones y las conchas de cangrejo para miles de millones. Aquí fue donde se detuvo, pues los muchachos mostraban signos de cansancio.

"Había cuatro millones de personas en San Francisco—cuatro dientes."

Los ojos de los muchachos recorrían desde los dientes y de mano en mano, pasando por los guijarros y granos de arena hasta los

dedos de Edwin. Y de nuevo recorrían la serie ascendente en un esfuerzo por captar números tan inconcebibles.

"Eran mucha gente, Granser", se aventuró finalmente Edwin.

"Como arena en la playa, como arena en la playa, cada grano de arena un hombre, o mujer, o niño. Sí, muchacho mío, todas esas personas vivían aquí mismo en San Francisco. Y en algún momento u otro, todas esas personas vinieron a esta misma playa—más personas de las que hay granos de arena. Más—más—más. Y San Francisco era una ciudad noble. Y al otro lado de la bahía—donde acampamos el año pasado, vivía aún más gente, desde Point Richmond, en el terreno llano y en las colinas, todo el camino hasta San Leandro—una gran ciudad de siete millones de personas.—Siete dientes... ahí está, siete millones."

De nuevo los ojos de los muchachos recorrieron de los dedos de Edwin a los dientes en el tronco.

"El mundo estaba lleno de gente. El censo de 2010 daba ocho mil millones para todo el mundo—ocho conchas de cangrejo, sí, ocho mil millones. No era como hoy. La humanidad sabía mucho más sobre cómo obtener alimentos. Y cuanto más comida había, más personas había. En el año 1800, había ciento setenta millones solo en Europa. Cien años después—un grano de arena, Hoo-Hoo—cien años después, en 1900, había quinientos millones en Europa—cinco granos de arena, Hoo-Hoo, y este diente. Esto muestra lo fácil que era obtener comida, y cómo los hombres aumentaron. Y en el año 2000 había mil quinientos millones en Europa. Y era lo mismo en todo el resto del mundo. Ocho conchas de cangrejo, ahí, sí, ocho mil millones de personas estaban vivas en la Tierra cuando comenzó la Muerte Escarlata.

"Yo era un hombre joven cuando llegó la Plaga—veintisiete años; y vivía al otro lado de la Bahía de San Francisco, en Berkeley. ¿Recuerdas esas grandes casas de piedra, Edwin, cuando bajamos las colinas desde Contra Costa? Ahí es donde vivía, en esas casas de piedra. Yo era profesor de literatura inglesa."

Mucho de esto estaba más allá de la comprensión de los muchachos, pero se esforzaban por comprender vagamente este relato del pasado.

"¿Para qué eran esas casas de piedra?" preguntó Hare-Lip.

"¿Recuerdas cuando tu papá te enseñó a nadar?" El muchacho asintió. "Bueno, en la Universidad de California—ese es el nombre que teníamos para las casas—enseñábamos a los jóvenes y mujeres a pensar, así como yo te he enseñado ahora, con arena, guijarros y conchas, a saber cuántas personas vivían en esos días. Había mucho que enseñar. A los jóvenes y mujeres que enseñábamos se les llamaba estudiantes. Teníamos grandes salas en las que enseñábamos. Les hablaba, cuarenta o cincuenta a la vez, tal como te hablo ahora. Les contaba sobre los libros que otros hombres habían escrito antes de su tiempo, e incluso, a veces, en su tiempo..."

"¿Eso era todo lo que hacías?—solo hablar, hablar, hablar?" demandó Hoo-Hoo. "¿Quién cazaba tu carne para ti? ¿Y ordeñaba las cabras? ¿Y atrapaba los peces?"

"Una pregunta sensata, Hoo-Hoo, una pregunta sensata. Como te he dicho, en esos días conseguir comida era fácil. Éramos muy sabios. Unos pocos hombres obtenían comida para muchos hombres. Los otros hombres hacían otras cosas. Como dices, yo hablaba. Hablaba todo el tiempo, y por eso se me daba comida—mucha comida, comida fina, comida hermosa, comida que no he probado en sesenta años y que nunca volveré a probar. A veces pienso que el logro más maravilloso de nuestra tremenda civilización era la comida—su inconcebible abundancia, su infinita variedad, su maravillosa delicadeza. Oh, mis nietos, la vida era vida en esos días, cuando teníamos cosas tan maravillosas para comer."

Esto estaba más allá de los muchachos, y lo dejaron pasar, palabras y pensamientos, como una mera divagación senil en la narración.

"Nuestros proveedores de alimentos se llamaban hombres libres. Esto era una broma. Nosotros, de las clases dominantes, poseíamos toda la tierra, todas las máquinas, todo. Estos proveedores de alimentos eran nuestros esclavos. Tomábamos casi toda la comida que obtenían, y les dejábamos un poco para que pudieran comer, y trabajar, y obtenernos más comida..."

"Yo me habría ido al bosque y habría conseguido comida para mí mismo", anunció Hare-Lip; "y si algún hombre intentaba quitármela, lo habría matado."

El anciano se rió.

"¿No te dije que nosotros, de la clase dominante, poseíamos toda la tierra, todo el bosque, todo? Cualquier proveedor de alimentos que no nos conseguía comida, lo castigábamos o lo obligábamos a morir de hambre. Y muy pocos hacían eso. Preferían conseguir comida para nosotros, y hacer ropa para nosotros, y preparar y proporcionarnos mil—una concha de mejillón, Hoo-Hoo—mil satisfacciones y deleites. Y yo era el Profesor Smith en esos días—el Profesor James Howard Smith. Y mis cursos de conferencias eran muy populares—es decir, a muchos de los jóvenes y mujeres les gustaba oírme hablar sobre los libros que otros hombres habían escrito.

"Y yo era muy feliz, y tenía cosas hermosas para comer. Y mis manos eran suaves, porque no trabajaba con ellas, y mi cuerpo estaba limpio por todas partes y vestido con las prendas más suaves..."

Observó con disgusto su raída piel de cabra.

"No usábamos tales cosas en esos días. Incluso los esclavos tenían mejores prendas. Y éramos muy limpios. Nos lavábamos la cara y las manos a menudo cada día. Ustedes, muchachos, nunca se lavan a menos que caigan al agua o vayan a nadar."

"Ni tú tampoco, Granser", replicó Hoo-Hoo.

"Lo sé, lo sé, soy un viejo sucio, pero los tiempos han cambiado. Nadie se lava en estos días, no hay comodidades. Hace sesenta años que no veo un pedazo de jabón.

"Ustedes no saben lo que es jabón, y no se los diré, porque les estoy contando la historia de la Muerte Escarlata. Ustedes saben lo que es la enfermedad. Nosotros la llamábamos una dolencia. Muchas de las dolencias venían de lo que llamábamos gérmenes. Recuerden esa palabra—gérmenes. Un germen es una cosa muy pequeña. Es como una garrapata, como las que encuentran en los perros en la primavera del año cuando corren por el bosque. Solo que el germen es muy pequeño. Es tan pequeño que no puedes verlo..."

Hoo-Hoo comenzó a reír.

"Eres un raro, Granser, hablando de cosas que no puedes ver. Si no puedes verlas, ¿cómo sabes que existen? Eso es lo que quiero saber. ¿Cómo sabes algo que no puedes ver?"

"Una buena pregunta, una muy buena pregunta, Hoo-Hoo. Pero sí veíamos—algunos de ellos. Teníamos lo que llamábamos microscopios y ultramicroscopios, y nos los poníamos en los ojos y mirábamos a través de ellos, de modo que veíamos las cosas más grandes de lo que realmente eran, y muchas cosas que no podíamos ver sin los microscopios en absoluto. Nuestros mejores ultramicroscopios podían hacer que un germen se viera cuarenta mil veces más grande. Una concha de mejillón es mil dedos como los de Edwin. Toma cuarenta conchas de mejillón, y en tantas veces más grande se veía el germen cuando lo mirábamos a través de un microscopio. Y después de eso, teníamos otras formas, usando lo que llamábamos imágenes en movimiento, de hacer que el germen de cuarenta mil veces se viera muchas, muchas miles de veces más grande aún. Y así veíamos todas estas cosas que nuestros ojos por sí mismos no podían ver. Toma un grano de arena. Rómpelo en diez piezas. Toma una pieza y rómpela en diez. Rompe una de esas piezas en diez, y una de esas en diez, y una de esas en diez, y una de esas en diez, y hazlo todo el día, y tal vez, al atardecer, tendrás una pieza tan pequeña como uno de los gérmenes."

Los muchachos estaban abiertamente incrédulos. Hare-Lip resopló y se burló y Hoo-Hoo se rió disimuladamente, hasta que Edwin los empujó para que guardaran silencio.

"La garrapata succiona la sangre del perro, pero el germen, siendo tan pequeño, entra directamente en la sangre del cuerpo, y allí tiene muchos hijos. En esos días habría tantos como mil millones—una concha de cangrejo, por favor—tantos como esa concha de cangrejo en el cuerpo de un hombre. Llamábamos a los gérmenes microorganismos. Cuando unos pocos millones, o mil millones, de ellos estaban en un hombre, en toda la sangre de un hombre, él estaba enfermo. Estos gérmenes eran una enfermedad. Había muchos tipos diferentes de ellos—más tipos diferentes de los que hay granos de arena en esta playa. Solo conocíamos unos pocos de los tipos. El mundo microorgánico era un mundo invisible, un mundo que no podíamos ver, y sabíamos muy poco sobre él. Sin embargo, sabíamos algo. Estaba el bacilo anthracis; estaba el micrococo; estaba el Bacterium termo, y el Bacterium lactis—ese es el que agria la leche de cabra incluso hasta el día de hoy, Hare-Lip; y había Schizomycetes sin fin. Y había muchos otros..."

Aquí el anciano se lanzó a una disertación sobre los gérmenes y sus naturalezas, usando palabras y frases de longitud y falta de sentido tan extraordinarias, que los muchachos sonrieron entre sí y miraron hacia el océano desierto hasta que olvidaron que el anciano estaba balbuceando.

"Pero la Muerte Escarlata, Granser", sugirió finalmente Edwin.

Granser se recordó a sí mismo, y con un sobresalto se arrancó del estrado de la sala de conferencias, donde, para una audiencia de otro mundo, había estado exponiendo la última teoría, de hace sesenta años, de los gérmenes y las enfermedades por gérmenes.

"Sí, sí, Edwin; lo había olvidado. A veces el recuerdo del pasado es muy fuerte en mí, y olvido que soy un viejo sucio, vestido con piel de cabra, vagando con mis salvajes nietos que son pastores de cabras en el bosque primitivo. 'Los efímeros sistemas se desvanecen

como espuma', y así se desvaneció nuestra gloriosa y colosal civilización. Soy Granser, un viejo cansado. Pertenezco a la tribu de los Santa Rosanos. Me casé con esa tribu. Mis hijos e hijas se casaron con los Chauffeurs, los Sacramentos y los Palo Altos. Tú, Hare-Lip, eres de los Chauffeurs. Tú, Edwin, eres de los Sacramentos. Y tú, Hoo-Hoo, eres de los Palo Altos. Tu tribu toma su nombre de un pueblo que estaba cerca de la sede de otra gran institución de aprendizaje. Se llamaba Universidad de Stanford. Sí, lo recuerdo ahora. Está perfectamente claro. Les estaba contando sobre la Muerte Escarlata. ¿En qué parte de mi historia estaba?"

"Estabas hablando sobre los gérmenes, las cosas que no puedes ver pero que hacen que los hombres se enfermen", le indicó Edwin.

"Sí, ahí estaba. Un hombre no notaba al principio cuando solo unos pocos de estos gérmenes entraban en su cuerpo. Pero cada germen se dividía en dos y se convertía en dos gérmenes, y seguían haciendo esto muy rápidamente de modo que en poco tiempo había muchos millones de ellos en el cuerpo. Entonces el hombre estaba enfermo. Tenía una enfermedad, y la enfermedad se nombraba según el tipo de germen que tenía. Podría ser sarampión, podría ser influenza, podría ser fiebre amarilla; podría ser cualquiera de miles y miles de tipos de enfermedades.

"Ahora, esto es lo extraño acerca de estos gérmenes. Siempre estaban apareciendo nuevos en los cuerpos de los hombres. Hace mucho, mucho tiempo, cuando solo había unos pocos hombres en el mundo, había pocas enfermedades. Pero a medida que los hombres aumentaban y vivían juntos en grandes ciudades y civilizaciones, surgían nuevas enfermedades, nuevos tipos de gérmenes entraban en sus cuerpos. Así murieron incontables millones y miles de millones de seres humanos. Y cuanto más densamente se aglomeraban los hombres, más terribles eran las nuevas enfermedades que surgían. Mucho antes de mi tiempo, en la Edad Media, estuvo la Peste Negra que arrasó Europa. Arrasó Europa muchas veces. Estaba la tuberculosis, que entraba en los hombres dondequiera que estaban densamente agrupados. Cien años antes

de mi tiempo estuvo la peste bubónica. Y en África estaba la enfermedad del sueño. Los bacteriólogos combatieron todas estas enfermedades y las destruyeron, así como ustedes, muchachos, ahuyentan a los lobos de sus cabras, o aplastan a los mosquitos que se posan en ustedes. Los bacteriólogos..."

"Pero, Granser, ¿qué es un qué-llamas?" interrumpió Edwin.

"Tú, Edwin, eres un pastor de cabras. Tu tarea es vigilar las cabras. Sabes mucho sobre cabras. Un bacteriólogo vigila los gérmenes. Esa es su tarea, y sabe mucho sobre ellos. Entonces, como decía, los bacteriólogos lucharon contra los gérmenes y los destruyeron—a veces. Había lepra, una enfermedad horrible. Cien años antes de que yo naciera, los bacteriólogos descubrieron el germen de la lepra. Sabían todo sobre él. Hicieron imágenes de él. He visto esas imágenes. Pero nunca encontraron una forma de matarlo. Pero en 1984, estuvo la Plaga Pantoblast, una enfermedad que estalló en un país llamado Brasil y que mató a millones de personas. Pero los bacteriólogos la descubrieron y encontraron la forma de matarla, de modo que la Plaga Pantoblast no fue más allá. Hicieron lo que llamaron un suero, que pusieron en el cuerpo de un hombre y que mató los gérmenes pantoblast sin matar al hombre. Y en 1910, estuvo la Pelagra, y también la anquilostomiasis. Estas fueron fácilmente eliminadas por los bacteriólogos. Pero en 1947 surgió una nueva enfermedad que nunca antes se había visto. Entraba en los cuerpos de bebés de solo diez meses o menos, y les impedía mover las manos y los pies, o comer, o cualquier cosa; y los bacteriólogos tardaron once años en descubrir cómo matar ese germen en particular y salvar a los bebés.

"A pesar de todas estas enfermedades, y de todas las nuevas que continuaban surgiendo, había cada vez más hombres en el mundo. Esto se debía a que era fácil obtener comida. Cuanto más fácil era obtener comida, más hombres había; cuantos más hombres había, más densamente estaban agrupados en la Tierra; y cuanto más densamente estaban agrupados, más nuevos tipos de gérmenes se convertían en enfermedades. Hubo advertencias. Soldervetzsky, ya

en 1929, les dijo a los bacteriólogos que no tenían garantía contra alguna nueva enfermedad, mil veces más mortal que cualquiera que conocieran, que surgiera y matara por cientos de millones e incluso por miles de millones. Verán, el mundo microorgánico permaneció un misterio hasta el final. Sabían que existía tal mundo, y que de vez en cuando ejércitos de nuevos gérmenes emergían de él para matar a los hombres.

"Y eso era todo lo que sabían al respecto. Por todo lo que sabían, en ese mundo microorgánico invisible podría haber tantos tipos diferentes de gérmenes como hay granos de arena en esta playa. Y también, en ese mismo mundo invisible, bien podría ser que surgieran nuevos tipos de gérmenes. Podría ser allí donde se originaba la vida—la 'fecundidad abismal', lo llamó Soldervetzsky, aplicando las palabras de otros hombres que habían escrito antes que él..."

Fue en este punto que Hare-Lip se puso de pie, con una expresión de gran desprecio en su rostro.

"Granser", anunció, "me enfermas con tu parloteo. ¿Por qué no cuentas sobre la Muerte Roja? Si no vas a hacerlo, dilo, y regresaremos al campamento."

El anciano lo miró y silenciosamente comenzó a llorar. Las débiles lágrimas de la edad rodaron por sus mejillas y toda la debilidad de sus ochenta y siete años se mostró en su semblante afligido.

"Siéntate", aconsejó Edwin suavemente. "Granser está bien. Está a punto de llegar a la Muerte Escarlata, ¿verdad, Granser? Está a punto de contarnos sobre ella ahora mismo. Siéntate, Hare-Lip. Continúa, Granser."

CAPÍTULO III

El anciano se limpió las lágrimas con sus nudillos sucios y retomó el relato con una voz temblorosa y aguda que pronto se fortaleció a medida que cogía el ritmo de la narración.

"Fue en el verano de 2013 cuando llegó la Plaga. Yo tenía veintisiete años, y bien lo recuerdo. Despachos inalámbricos—"

Hare-Lip escupió ruidosamente su disgusto, y Granser se apresuró a enmendarse.

"Nos comunicábamos a través del aire en esos días, miles y miles de millas. Y llegó la noticia de una extraña enfermedad que había surgido en Nueva York. Había diecisiete millones de personas viviendo entonces en esa ciudad más noble de América. Nadie pensó nada sobre la noticia. Solo era una cosa pequeña. Solo habían muerto unas pocas personas. Sin embargo, parecía que habían muerto muy rápidamente, y que uno de los primeros signos de la enfermedad era el enrojecimiento del rostro y todo el cuerpo. Dentro de veinticuatro horas llegó el informe del primer caso en Chicago. Y el mismo día, se hizo público que Londres, la ciudad más grande del mundo, después de Chicago, había estado combatiendo en secreto la plaga durante dos semanas y censurando los despachos de noticias—es decir, no permitiendo que la noticia llegara al resto del mundo de que Londres tenía la plaga.

"Parecía serio, pero nosotros en California, como en todas partes, no estábamos alarmados. Estábamos seguros de que los bacteriólogos encontrarían una forma de superar este nuevo germen, tal como habían superado otros gérmenes en el pasado. Pero el problema era la asombrosa rapidez con que este germen destruía a los seres humanos, y el hecho de que inevitablemente mataba cualquier cuerpo humano al que entraba. Nadie se recuperaba jamás. Existía el antiguo cólera asiático, cuando podías

cenar con un hombre sano por la noche, y a la mañana siguiente, si te levantabas lo suficientemente temprano, lo verías siendo llevado por tu ventana en el carro de la muerte. Pero esta nueva plaga era más rápida que eso—mucho más rápida.

"Desde el momento de los primeros signos, un hombre estaría muerto en una hora. Algunos duraban varias horas. Muchos morían dentro de diez o quince minutos desde la aparición de los primeros signos.

"El corazón comenzaba a latir más rápido y el calor del cuerpo aumentaba. Luego venía la erupción escarlata, extendiéndose como fuego por el rostro y el cuerpo. La mayoría de las personas nunca notaban el aumento de calor y latidos del corazón, y lo primero que sabían era cuando aparecía la erupción escarlata. Usualmente, tenían convulsiones en el momento de la aparición de la erupción. Pero estas convulsiones no duraban mucho y no eran muy severas. Si uno sobrevivía a ellas, se quedaba perfectamente quieto, y solo sentía un entumecimiento que subía rápidamente por su cuerpo desde los pies. Los talones se entumecían primero, luego las piernas y las caderas, y cuando el entumecimiento llegaba hasta su corazón, moría. No deliraban ni dormían. Sus mentes siempre permanecían frescas y calmadas hasta el momento en que su corazón se entumecía y se detenía. Y otra cosa extraña era la rapidez de la descomposición. Tan pronto como una persona moría, el cuerpo parecía desmoronarse, desintegrarse, disolverse incluso mientras lo mirabas. Esa fue una de las razones por las que la plaga se propagó tan rápidamente. Todos los miles de millones de gérmenes en un cadáver eran liberados inmediatamente.

"Y fue por todo esto que los bacteriólogos tuvieron tan pocas oportunidades de luchar contra los gérmenes. Morían en sus laboratorios incluso mientras estudiaban el germen de la Muerte Escarlata. Fueron héroes. Tan rápido como perecían, otros daban un paso adelante y ocupaban su lugar. Fue en Londres donde primero lo aislaron. La noticia fue teleografiada por todas partes. Trask era el nombre del hombre que logró esto, pero dentro de treinta horas

estaba muerto. Entonces vino la lucha en todos los laboratorios para encontrar algo que matara los gérmenes de la plaga. Todos los medicamentos fracasaron. Verán, el problema era conseguir un medicamento, o suero, que matara los gérmenes en el cuerpo y no matara al cuerpo. Intentaron combatirlo con otros gérmenes, introducir en el cuerpo de un hombre enfermo gérmenes que fueran enemigos de los gérmenes de la plaga—"

"Y no puedes ver estas cosas de gérmenes, Granser", objetó Hare-Lip, "y aquí parloteas, parloteas, parloteas sobre ellos como si fueran algo, cuando no son nada en absoluto. Luchando contra cosas que no son con cosas que no son. Debían haber sido todos tontos en esos días. Por eso murieron. No voy a creer en tales tonterías, te lo digo."

Granser inmediatamente comenzó a llorar, mientras Edwin defendía ardientemente.

"Mira, Hare-Lip, tú crees en muchas cosas que no puedes ver."

Hare-Lip sacudió la cabeza.

"Crees en hombres muertos caminando. Nunca has visto a un hombre muerto caminar."

"Te digo que los vi, el invierno pasado, cuando estaba cazando lobos con papá."

"Bueno, siempre escupes cuando cruzas agua corriente", desafió Edwin.

"Eso es para evitar la mala suerte", se defendió Hare-Lip.

"¿Crees en la mala suerte?"

"Claro."

"Y nunca has visto la mala suerte", concluyó triunfante Edwin.
"Eres tan malo como Granser y sus gérmenes. Crees en lo que no ves. Continúa, Granser."

Hare-Lip, aplastado por esta derrota metafísica, permaneció en silencio, y el anciano continuó. A menudo, aunque esta narración no

debe ser obstruida por los detalles, el relato de Granser fue interrumpido mientras los muchachos discutían entre sí. También, entre ellos mantenían un constante intercambio en voz baja de explicaciones y conjeturas, mientras se esforzaban por seguir al anciano en su mundo desconocido y desaparecido.

"La Muerte Escarlata estalló en San Francisco. La primera muerte ocurrió un lunes por la mañana. Para el jueves estaban muriendo como moscas en Oakland y San Francisco. Morían en todas partes—en sus camas, en su trabajo, caminando por la calle. Fue el martes cuando vi mi primera muerte—la señorita Collbran, una de mis estudiantes, sentada allí mismo ante mis ojos, en mi sala de conferencias. Noté su rostro mientras hablaba. De repente se había vuelto escarlata. Dejé de hablar y solo pude mirarla, pues el primer miedo a la plaga ya estaba sobre todos nosotros y sabíamos que había llegado. Las jóvenes gritaron y salieron corriendo de la habitación. También los jóvenes salieron corriendo, todos menos dos. Las convulsiones de la señorita Collbran fueron muy leves y duraron menos de un minuto. Uno de los jóvenes le trajo un vaso de agua. Ella solo bebió un poco, y gritó:

"¡Mis pies! Toda sensación se ha ido de ellos."

"Después de un minuto dijo: 'No tengo pies. No soy consciente de que tenga pies. Y mis rodillas están frías. Apenas puedo sentir que tengo rodillas.'"

"Se recostó en el suelo, un montón de cuadernos bajo su cabeza. Y no podíamos hacer nada. El frío y el entumecimiento se arrastraron más allá de sus caderas hasta su corazón, y cuando alcanzó su corazón, murió. En quince minutos, según el reloj—lo cronometré—estaba muerta, allí, en mi propia aula, muerta. Y era una joven muy hermosa, fuerte y saludable. Y desde el primer signo de la plaga hasta su muerte solo transcurrieron quince minutos. Eso les mostrará cuán rápida era la Muerte Escarlata.

"Sin embargo, en esos pocos minutos que permanecí con la mujer moribunda en mi aula, la alarma se había extendido por la

universidad; y los estudiantes, por miles, todos ellos, habían abandonado las salas de conferencias y laboratorios. Cuando salí, en mi camino para informar al Presidente de la Facultad, encontré la universidad desierta. A través del campus había varios rezagados apresurándose a sus casas. Dos de ellos corrían.

"Encontré al presidente Hoag en su oficina, completamente solo, luciendo muy viejo y muy gris, con una multitud de arrugas en su rostro que nunca antes había visto. Al verme, se puso de pie y se tambaleó hacia la oficina interior, cerrando la puerta tras él y cerrándola con llave. Verán, sabía que había estado expuesto, y tenía miedo. Me gritó a través de la puerta que me fuera. Nunca olvidaré mis sentimientos mientras caminaba por los silenciosos pasillos y cruzaba ese campus desierto. No tenía miedo. Había estado expuesto, y me consideraba ya muerto. No era eso, sino una sensación de terrible depresión lo que me impresionaba. Todo se había detenido. Era como el fin del mundo para mí—mi mundo. Había nacido a la vista y al sonido de la universidad. Había sido mi carrera predestinada. Mi padre había sido profesor allí antes que yo, y su padre antes que él. Durante un siglo y medio esta universidad, como una máquina espléndida, había estado funcionando constantemente. Y ahora, en un instante, se había detenido. Era como ver la llama sagrada apagarse en algún altar tres veces sagrado. Estaba conmovido, indeciblemente conmovido.

"Cuando llegué a casa, mi ama de llaves gritó al entrar yo, y huyó. Y cuando llamé, descubrí que la sirvienta también había huido. Investigué. En la cocina encontré a la cocinera a punto de partir. Pero ella también gritó, y en su prisa dejó caer una maleta con sus pertenencias personales y salió corriendo de la casa y cruzó los terrenos, aún gritando. Puedo oír su grito hasta el día de hoy. Verán, no actuábamos de esta manera cuando las enfermedades ordinarias nos golpeaban. Siempre estábamos tranquilos ante tales cosas, y llamábamos a los médicos y enfermeras que sabían exactamente qué hacer. Pero esto era diferente. Golpeaba tan repentinamente, y mataba tan rápidamente, y nunca fallaba. Cuando la erupción escarlata aparecía en el rostro de una persona, esa persona estaba

marcada por la muerte. Nunca hubo un caso conocido de recuperación.

"Estaba solo en mi gran casa. Como les he dicho a menudo antes, en esos días podíamos hablar unos con otros a través de cables o por el aire. Sonó el teléfono, y encontré a mi hermano hablándome. Me dijo que no vendría a casa por miedo a contraer la plaga de mí, y que había llevado a nuestras dos hermanas a quedarse en la casa del profesor Bacon. Me aconsejó que permaneciera donde estaba, y esperara para averiguar si había contraído la plaga o no.

"A todo esto estuve de acuerdo, quedándome en mi casa y, por primera vez en mi vida, intentando cocinar. Y la plaga no se manifestó en mí. A través del teléfono podía hablar con quien quisiera y obtener las noticias. Además, estaban los periódicos, y ordené que todos me los arrojaran hasta la puerta para poder saber lo que estaba sucediendo con el resto del mundo.

"La ciudad de Nueva York y Chicago estaban en caos. Y lo que sucedió con ellas estaba sucediendo en todas las grandes ciudades. Un tercio de la policía de Nueva York había muerto. Su jefe también estaba muerto, al igual que el alcalde. Toda ley y orden habían cesado. Los cuerpos yacían en las calles sin enterrar. Todos los ferrocarriles y barcos que llevaban comida y cosas así a la gran ciudad habían dejado de funcionar, y multitudes de pobres hambrientos estaban saqueando las tiendas y almacenes. El asesinato, el robo y la embriaguez estaban en todas partes. Ya la gente había huido de la ciudad por millones—primero los ricos, en sus automóviles privados y dirigibles, y luego la gran masa de la población, a pie, llevando la plaga con ellos, hambrientos y saqueando a los granjeros y todos los pueblos y aldeas en el camino.

"El hombre que envió esta noticia, el operador inalámbrico, estaba solo con su instrumento en la cima de un edificio elevado. Las personas que quedaban en la ciudad—él las estimó en varios cientos de miles—se habían vuelto locas de miedo y bebida, y a todos lados

de él grandes incendios ardían. Fue un héroe, ese hombre que permaneció en su puesto—probablemente un oscuro periodista.

"Durante veinticuatro horas, dijo, ningún dirigible transatlántico había llegado, y ya no llegaban más mensajes de Inglaterra. Sin embargo, afirmó que un mensaje de Berlín—eso está en Alemania—anunciaba que Hoffmeyer, un bacteriólogo de la Escuela Metchnikoff, había descubierto el suero para la plaga. Esa fue la última palabra, hasta el día de hoy, que nosotros en América recibimos de Europa. Si Hoffmeyer descubrió el suero, fue demasiado tarde, o de lo contrario, mucho antes de esto, exploradores de Europa habrían venido a buscarnos. Solo podemos concluir que lo que sucedió en América sucedió en Europa, y que, en el mejor de los casos, solo unos pocos sobrevivieron a la Muerte Escarlata en todo ese continente.

"Durante un día más los despachos continuaron llegando desde Nueva York. Luego también cesaron. El hombre que los había enviado, encaramado en su alto edificio, había muerto de la plaga o había sido consumido en los grandes incendios que había descrito ardiendo a su alrededor. Y lo que había ocurrido en Nueva York se había duplicado en todas las demás ciudades. Fue lo mismo en San Francisco, Oakland y Berkeley. Para el jueves la gente moría tan rápidamente que sus cadáveres no podían ser manejados, y los cuerpos muertos yacían por todas partes. La noche del jueves comenzó la salida de pánico hacia el campo. Imaginen, mis nietos, gente, más espesa que la corrida de salmones que han visto en el río Sacramento, saliendo de las ciudades por millones, enloquecidos por el campo, en vano intento de escapar de la muerte ubicua. Verán, llevaban los gérmenes con ellos. Incluso los dirigibles de los ricos, huyendo hacia los escondites de montaña y desierto, llevaban los gérmenes.

"Cientos de estos dirigibles escaparon a Hawái, y no solo llevaron la plaga con ellos, sino que encontraron la plaga ya allí antes que ellos. Esto lo supimos por los despachos, hasta que todo orden en San Francisco desapareció, y no quedaron operadores en sus

puestos para recibir o enviar. Fue asombroso, sorprendente, esta pérdida de comunicación con el mundo. Fue exactamente como si el mundo hubiera cesado, hubiera sido borrado. Durante sesenta años ese mundo ya no ha existido para mí. Sé que deben existir lugares como Nueva York, Europa, Asia y África; pero no se ha oído una palabra de ellos—no en sesenta años. Con la llegada de la Muerte Escarlata, el mundo se desintegró, absolutamente, irremediablemente. Diez mil años de cultura y civilización pasaron en un abrir y cerrar de ojos, 'se desvanecieron como espuma'.

"Estaba contando sobre los dirigibles de los ricos. Llevaron la plaga con ellos y, sin importar a dónde huyeron, murieron. Solo encontré a un sobreviviente de ellos—Mungerson. Posteriormente fue un Santa Rosano, y se casó con mi hija mayor. Se unió a la tribu ocho años después de la plaga. Tenía entonces diecinueve años, y se vio obligado a esperar doce años más antes de poder casarse. Verán, no había mujeres solteras, y algunas de las hijas mayores de los Santa Rosanos ya estaban comprometidas. Así que se vio obligado a esperar hasta que mi Mary tuviera dieciséis años. Fue su hijo, Pierna-Renga, quien murió el año pasado por el león de montaña.

"Mungerson tenía once años en el momento de la plaga. Su padre era uno de los Magnates Industriales, un hombre muy rico y poderoso. Fue en su dirigible, el Cóndor, que estaban huyendo, con toda la familia, hacia las tierras salvajes de la Columbia Británica, que está muy al norte de aquí. Pero hubo algún accidente, y se estrellaron cerca del Monte Shasta. Han oído hablar de esa montaña. Está muy al norte. La plaga estalló entre ellos, y este muchacho de once años fue el único sobreviviente. Durante ocho años estuvo solo, vagando por una tierra desierta y buscando en vano a los de su propia especie. Y finalmente, viajando hacia el sur, se unió a nosotros, los Santa Rosanos.

"Pero me adelanto en mi historia. Cuando comenzó el gran éxodo de las ciudades alrededor de la Bahía de San Francisco, y mientras los teléfonos aún funcionaban, hablé con mi hermano. Le dije que

esta huida de las ciudades era una locura, que no había síntomas de la plaga en mí, y que lo que debíamos hacer era aislarnos a nosotros y a nuestros parientes en algún lugar seguro. Decidimos sobre el Edificio de Química, en la universidad, y planeamos almacenar provisiones, y por la fuerza de las armas evitar que otras personas nos impusieran su presencia después de retirarnos a nuestro refugio.

"Todo esto arreglado, mi hermano me suplicó que me quedara en mi propia casa al menos veinticuatro horas más, en caso de que la plaga se desarrollara en mí. A esto accedí, y él prometió venir por mí al día siguiente. Hablamos sobre los detalles del aprovisionamiento y la defensa del Edificio de Química hasta que el teléfono murió. Murió en medio de nuestra conversación. Esa noche no hubo luces eléctricas, y estaba solo en mi casa en la oscuridad. Ya no se imprimían periódicos, por lo que no tenía conocimiento de lo que estaba sucediendo afuera.

"Escuché sonidos de disturbios y disparos de pistola, y desde mis ventanas pude ver el resplandor del cielo de algún incendio en dirección a Oakland. Fue una noche de terror. No dormí ni un guiño. Un hombre—por qué y cómo no lo sé—fue asesinado en la acera frente a la casa. Escuché los rápidos disparos de una pistola automática, y unos minutos después el desgraciado herido se arrastró hasta mi puerta, gimiendo y pidiendo ayuda. Armado con dos pistolas automáticas, fui hacia él. A la luz de un fósforo comprobé que, aunque estaba muriendo de las heridas de bala, al mismo tiempo tenía la plaga. Huyendo hacia el interior, lo escuché gemir y clamar durante media hora más.

"Por la mañana, mi hermano vino a verme. Había reunido en un bolso de mano las cosas de valor que planeaba llevar, pero cuando vi su rostro supe que nunca me acompañaría al Edificio de Química. La plaga estaba en él. Tenía la intención de estrechar mi mano, pero me retiré apresuradamente antes de él.

"'Mírate en el espejo', le ordené.

"Lo hizo, y al ver su rostro escarlata, el color profundizándose mientras lo miraba, se hundió sin fuerzas en una silla.

"¡Dios mío!" dijo. "La tengo. No te acerques a mí. Estoy muerto."

"Entonces las convulsiones lo tomaron. Estuvo dos horas muriendo, y estuvo consciente hasta el final, quejándose del frío y la pérdida de sensación en sus pies, sus pantorrillas, sus muslos, hasta que finalmente fue su corazón y murió.

"Así era como mataba la Muerte Escarlata. Tomé mi bolso de mano y huí. Las escenas en las calles eran terribles. Uno tropezaba con cuerpos por todas partes. Algunos aún no estaban muertos. E incluso mientras mirabas, veías a hombres caer con la muerte aferrada a ellos. Había numerosos incendios ardiendo en Berkeley, mientras que Oakland y San Francisco aparentemente estaban siendo arrasadas por vastos incendios. El humo de los incendios llenaba los cielos, de modo que el mediodía era como un crepúsculo sombrío, y, en los cambios de viento, a veces el sol brillaba débilmente, un orbe rojo opaco. En verdad, mis nietos, era como los últimos días del fin del mundo.

"Había numerosos automóviles detenidos, mostrando que la gasolina y los suministros de los motores de los garajes se habían agotado. Recuerdo uno de esos coches. Un hombre y una mujer yacían muertos en los asientos, y en el pavimento cerca de él había dos mujeres más y un niño. Había escenas extrañas y terribles por todas partes. La gente se deslizaba silenciosamente, furtivamente, como fantasmas—mujeres de rostro pálido llevando bebés en sus brazos; padres llevando niños de la mano; solos, en parejas y en familias—todos huyendo de la ciudad de la muerte. Algunos llevaban provisiones de comida, otros mantas y objetos de valor, y había muchos que no llevaban nada.

"Había una tienda de comestibles—un lugar donde se vendía comida. El hombre al que pertenecía—lo conocía bien—un tipo tranquilo, sobrio, pero estúpido y obstinado, la estaba defendiendo. Las ventanas y las puertas habían sido destrozadas, pero él, dentro,

escondido detrás de un mostrador, estaba disparando su pistola a varios hombres en la acera que estaban entrando. En la entrada había varios cuerpos—de hombres, decidí, a quienes había matado más temprano ese día. Incluso mientras observaba desde la distancia, vi a uno de los ladrones romper las ventanas de la tienda contigua, un lugar donde se vendían zapatos, y deliberadamente prenderle fuego. No fui en ayuda del tendero. El tiempo para tales actos ya había pasado. La civilización se estaba desmoronando, y era cada uno por sí mismo."

CAPÍTULO IV

Me alejé apresuradamente, bajando por una calle transversal, y en la primera esquina vi otra tragedia. Dos hombres de la clase trabajadora habían atrapado a un hombre y una mujer con dos niños, y los estaban robando. Conocía al hombre de vista, aunque nunca me habían presentado. Era un poeta cuyos versos había admirado durante mucho tiempo. Sin embargo, no fui en su ayuda, porque en el momento en que llegué a la escena se oyó un disparo, y lo vi hundirse en el suelo. La mujer gritó, y fue derribada de un puñetazo por uno de los brutos. Grité amenazadoramente, por lo cual dispararon sus pistolas contra mí y huí alrededor de la esquina. Allí me vi bloqueado por un incendio en avance. Los edificios a ambos lados estaban ardiendo, y la calle estaba llena de humo y llamas. Desde algún lugar en esa penumbra vino la voz aguda de una mujer pidiendo ayuda. Pero no fui hacia ella. El corazón de un hombre se vuelve de hierro en medio de tales escenas, y uno escuchaba demasiadas súplicas de ayuda.

"Regresando a la esquina, encontré que los dos ladrones se habían ido. El poeta y su esposa yacían muertos en el pavimento.

Era una visión impactante. Los dos niños habían desaparecido—adónde, no podía decir. Y supe, ahora, por qué las personas que huían y que encontraba se deslizaban tan furtivamente y con rostros tan pálidos. En medio de nuestra civilización, en nuestros barrios bajos y guetos laborales, habíamos criado una raza de bárbaros, de salvajes; y ahora, en el tiempo de nuestra calamidad, se volvieron contra nosotros como las bestias salvajes que eran y nos destruyeron. Y también se destruyeron a sí mismos.

"Se inflamaron con bebidas fuertes y cometieron mil atrocidades, peleando y matándose unos a otros en la locura general. Vi a un grupo de trabajadores, de los mejores, que se habían unido y, con sus mujeres y niños en medio, los enfermos y ancianos en camillas y siendo llevados, y con varios caballos tirando de un camión cargado de provisiones, estaban abriéndose paso fuera de la ciudad. Hacían un espectáculo admirable mientras bajaban por la calle a través del humo flotante, aunque casi me dispararon cuando aparecí por primera vez en su camino. Al pasar, uno de sus líderes me gritó en explicación apologética. Dijo que estaban matando a los ladrones y saqueadores al verlos, y que se habían unido de esa manera como el único medio para escapar de los merodeadores.

"Fue aquí donde vi por primera vez lo que pronto vería tan a menudo. Uno de los hombres que marchaban había mostrado repentinamente la inconfundible marca de la plaga. Inmediatamente, los que estaban a su alrededor se alejaron, y él, sin una protesta, salió de su lugar para dejarlos pasar. Una mujer, probablemente su esposa, intentó seguirlo. Llevaba a un niño pequeño de la mano. Pero el esposo le ordenó severamente que continuara, mientras otros la sujetaron y la impidieron seguirlo. Esto lo vi, y también vi al hombre, con su rostro encendido en escarlata, entrar en un portal al otro lado de la calle. Escuché el disparo de su pistola y lo vi caer sin vida al suelo.

"Después de ser desviado dos veces más por los incendios en avance, logré llegar a la universidad. Al borde del campus me encontré con un grupo de gente universitaria que se dirigía al

Edificio de Química. Todos eran hombres de familia, y sus familias estaban con ellos, incluidas las enfermeras y los sirvientes. El profesor Badminton me saludó; tuve dificultad en reconocerlo. En algún lugar había pasado por llamas, y su barba estaba chamuscada. Alrededor de su cabeza había un vendaje ensangrentado, y su ropa estaba sucia.

"Me contó que había merodeadores, y que su hermano había sido asesinado la noche anterior, en la defensa de su vivienda.

"A mitad del campus, señaló repentinamente el rostro de la señora Swinton. El inconfundible escarlata estaba allí. Inmediatamente, todas las demás mujeres comenzaron a gritar y a alejarse corriendo de ella. Sus dos hijos estaban con una niñera, y estos también corrieron con las mujeres. Pero su esposo, el doctor Swinton, permaneció con ella.

"'Siga adelante, Smith', me dijo. 'Cuide de los niños. En cuanto a mí, me quedaré con mi esposa. Sé que ya está muerta, pero no puedo dejarla. Después, si escapo, iré al Edificio de Química, y usted vigile por mí y déjeme entrar.'

"Lo dejé inclinándose sobre su esposa y consolando sus últimos momentos, mientras yo corría para alcanzar al grupo. Fuimos los últimos en ser admitidos en el Edificio de Química. Después de eso, con nuestros rifles automáticos mantuvimos nuestro aislamiento. Según nuestros planes, habíamos dispuesto que una compañía de sesenta personas estuviera en este refugio. En cambio, cada uno de los originalmente planeados había agregado parientes y amigos y familias enteras hasta que había más de cuatrocientas almas. Pero el Edificio de Química era grande y, al estar solo, no corría peligro de ser quemado por los grandes incendios que ardían en todas partes de la ciudad.

"Se había reunido una gran cantidad de provisiones, y un comité de alimentación se encargó de ellas, emitiendo raciones diarias a las diversas familias y grupos que se organizaban en cuadrillas. Se nombraron varios comités, y desarrollamos una organización muy

eficiente. Yo estaba en el comité de defensa, aunque durante el primer día ningún merodeador se acercó. Podíamos verlos en la distancia, sin embargo, y por el humo de sus fogatas sabíamos que varios campamentos de ellos ocupaban el borde lejano del campus. La embriaguez estaba muy extendida, y a menudo los oíamos cantar canciones obscenas o gritar locamente. Mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor y todo el aire estaba lleno del humo de su ardor, estas criaturas bajas daban rienda suelta a su bestialidad y luchaban y bebían y morían. Y después de todo, ¿qué importaba? Todos morían de todos modos, los buenos y los malos, los eficientes y los débiles, los que amaban vivir y los que despreciaban vivir. Pasaron. Todo pasó.

"Cuando pasaron veinticuatro horas y no aparecieron signos de la plaga, nos felicitamos y nos dispusimos a cavar un pozo. Han visto las grandes tuberías de hierro que en esos días llevaban agua a todos los habitantes de la ciudad. Temíamos que los incendios en la ciudad rompieran las tuberías y vaciaran los depósitos. Así que arrancamos el piso de cemento del patio central del Edificio de Química y cavamos un pozo. Había muchos jóvenes, estudiantes de pregrado, con nosotros, y trabajamos noche y día en el pozo. Y nuestros temores se confirmaron. Tres horas antes de llegar al agua, las tuberías se secaron.

"Pasaron otras veinticuatro horas, y aún la plaga no apareció entre nosotros. Pensamos que estábamos salvados. Pero no sabíamos lo que después decidí que era cierto, es decir, que el período de incubación de los gérmenes de la plaga en el cuerpo humano era cuestión de varios días. Mataba tan rápidamente una vez que se manifestaba, que nos llevó a creer que el período de incubación era igualmente rápido. Así que, cuando dos días nos dejaron ilesos, nos entusiasmamos con la idea de que estábamos libres del contagio.

"Pero el tercer día nos desilusionó. Nunca podré olvidar la noche anterior. Estaba a cargo de los guardias nocturnos de ocho a doce, y desde el techo del edificio observé el paso de todas las gloriosas obras del hombre. Tan terribles eran las conflagraciones locales que

todo el cielo estaba iluminado. Se podía leer la letra más fina en el resplandor rojo. Todo el mundo parecía envuelto en llamas. San Francisco arrojaba humo y fuego de una veintena de vastas conflagraciones que eran como tantos volcanes activos. Oakland, San Leandro, Haywards—todos ardían; y hacia el norte, hasta Point Richmond, otros incendios estaban en marcha. Era un espectáculo imponente. La civilización, mis nietos, la civilización estaba pasando en una hoja de llamas y un aliento de muerte. A las diez de esa noche, los grandes almacenes de pólvora en Point Pinole explotaron en rápida sucesión. Tan terribles fueron las explosiones que el sólido edificio se sacudió como en un terremoto, mientras que todos los vidrios se rompieron. Fue entonces cuando dejé el techo y bajé por los largos pasillos, de habitación en habitación, calmando a las mujeres alarmadas y contándoles lo que había sucedido.

"Una hora más tarde, en una ventana en la planta baja, escuché el pandemónium estallar en los campamentos de los merodeadores. Hubo gritos y alaridos, y disparos de muchas pistolas. Como conjeturamos después, esta pelea había sido precipitada por un intento por parte de los que estaban sanos de expulsar a los que estaban enfermos. De cualquier manera, varios de los merodeadores afectados por la plaga escaparon a través del campus y se apiñaron contra nuestras puertas. Les advertimos que retrocedieran, pero nos maldijeron y descargaron una andanada de sus pistolas. El profesor Merryweather, en una de las ventanas, fue muerto instantáneamente, la bala le golpeó directamente entre los ojos. Abrimos fuego a su vez, y todos los merodeadores huyeron excepto tres. Una era una mujer. La plaga estaba en ellos y eran temerarios. Como demonios inmundos, allí en el resplandor rojo del cielo, con rostros ardientes, continuaron maldiciéndonos y disparándonos. A uno de los hombres le disparé con mi propia mano. Después de eso, el otro hombre y la mujer, aún maldiciéndonos, se tumbaron bajo nuestras ventanas, donde nos vimos obligados a verlos morir de la plaga.

"La situación era crítica. Las explosiones de los almacenes de pólvora habían roto todas las ventanas del Edificio de Química, de

modo que estábamos expuestos a los gérmenes de los cadáveres. Se llamó al comité sanitario para actuar, y respondió noblemente. Se requerían dos hombres para salir y remover los cadáveres, y esto significaba el probable sacrificio de sus propias vidas, pues, habiendo realizado la tarea, no se les permitiría reingresar al edificio. Uno de los profesores, que era soltero, y uno de los estudiantes de pregrado se ofrecieron voluntarios. Nos dijeron adiós y salieron. Fueron héroes. Dieron sus vidas para que otros cuatrocientos pudieran vivir. Después de realizar su trabajo, se quedaron un momento, a cierta distancia, mirándonos con nostalgia. Luego agitaron sus manos en despedida y se alejaron lentamente a través del campus hacia la ciudad en llamas.

"Y sin embargo, todo fue inútil. A la mañana siguiente, el primero de nosotros fue golpeado por la plaga—una pequeña niñera en la familia del profesor Stout. No era momento para políticas sentimentales y débiles. Con la posibilidad de que ella fuera la única, la expulsamos del edificio y le ordenamos que se fuera.

"Se alejó lentamente a través del campus, retorciéndose las manos y llorando lastimosamente. Nos sentimos como brutos, pero ¿qué podíamos hacer? Éramos cuatrocientos, y los individuos tenían que ser sacrificados.

"En uno de los laboratorios, tres familias se habían instalado, y esa tarde encontramos entre ellos no menos de cuatro cadáveres y siete casos de la plaga en todas sus diferentes etapas.

"Entonces fue cuando comenzó el horror. Dejando a los muertos donde estaban, obligamos a los vivos a segregarse en otra habitación. La plaga comenzó a estallar entre el resto de nosotros, y tan pronto como aparecían los síntomas, enviábamos a los afectados a estas habitaciones segregadas. Les obligamos a caminar allí por sí mismos, para evitar ponerles las manos encima. Era desgarrador. Pero aún así la plaga se enfurecía entre nosotros, y habitación tras habitación se llenaba de muertos y moribundos. Y así, nosotros, que aún estábamos limpios, nos retiramos al siguiente piso y al

siguiente, ante este mar de muertos que, habitación por habitación y piso por piso, inundaba el edificio.

"El lugar se convirtió en una casa de muerte, y en medio de la noche los sobrevivientes huyeron, sin llevar nada con ellos excepto armas y municiones y una gran cantidad de alimentos enlatados. Acampamos en el lado opuesto del campus, lejos de los merodeadores, y, mientras algunos hacían guardia, otros de nosotros nos ofrecimos para explorar la ciudad en busca de caballos, automóviles, carros y carretas, o cualquier cosa que pudiera llevar nuestras provisiones y nos permitiera emular a los trabajadores unidos que había visto abriéndose paso hacia el campo abierto.

"Yo era uno de estos exploradores; y el doctor Hoyle, recordando que su automóvil había quedado en el garaje de su casa, me dijo que lo buscara. Exploramos en parejas, y Dombey, un joven estudiante de pregrado, me acompañó. Tuvimos que cruzar media milla de la zona residencial de la ciudad para llegar a la casa del doctor Hoyle. Allí los edificios estaban separados, en medio de árboles y céspedes verdes, y allí los incendios habían hecho estragos, quemando bloques enteros, saltándose bloques y a menudo saltándose una sola casa en un bloque. Y allí también, los merodeadores aún estaban en su labor. Llevábamos nuestras pistolas automáticas abiertamente en nuestras manos, y parecíamos lo suficientemente desesperados, en verdad, para evitar que nos atacaran. Pero en la casa del doctor Hoyle sucedió el hecho. Sin ser tocada por el fuego, incluso cuando llegamos, el humo de las llamas estalló.

"El malhechor que le había prendido fuego bajó tambaleándose los escalones y por el camino de entrada. Asomando de los bolsillos de su abrigo había botellas de whisky, y estaba muy borracho. Mi primer impulso fue dispararle, y nunca he dejado de lamentar que no lo hiciera. Tambaleándose y murmurando para sí mismo, con ojos inyectados en sangre y un corte crudo y sangrante en un lado de su rostro barbudo, era en conjunto el espécimen más nauseabundo de degradación y suciedad que jamás había encontrado. No le disparé,

y se apoyó contra un árbol en el césped para dejarnos pasar. Fue el acto más absoluto y gratuito. Justo cuando estábamos frente a él, de repente sacó una pistola y disparó a Dombey en la cabeza. Al instante siguiente, le disparé. Pero fue demasiado tarde. Dombey expiró sin un gemido, inmediatamente. Dudo que siquiera supiera lo que le había sucedido.

"Dejando los dos cadáveres, me apresuré más allá de la casa en llamas hasta el garaje, y allí encontré el automóvil del doctor Hoyle. Los tanques estaban llenos de gasolina y estaba listo para usar. Y fue en este coche que atravesé las calles de la ciudad en ruinas y regresé con los sobrevivientes en el campus. Los otros exploradores regresaron, pero ninguno había tenido tanta suerte. El profesor Fairmead había encontrado un pony Shetland, pero la pobre criatura, atada en un establo y abandonada durante días, estaba tan débil por falta de comida y agua que no podía llevar ninguna carga. Algunos de los hombres querían soltarlo, pero insistí en que debíamos llevarlo con nosotros, de modo que, si nos quedábamos sin comida, lo tendríamos para comer.

"Éramos cuarenta y siete cuando partimos, siendo muchos mujeres y niños. El presidente de la facultad, un hombre viejo para empezar, y ahora irremediablemente quebrado por los terribles sucesos de la semana pasada, iba en el automóvil con varios niños pequeños y la anciana madre del profesor Fairmead. Wathope, un joven profesor de inglés, que tenía una grave herida de bala en la pierna, conducía el coche. El resto de nosotros caminábamos, el profesor Fairmead conduciendo el pony.

"Era lo que debería haber sido un brillante día de verano, pero el humo del mundo en llamas llenaba el cielo, a través del cual el sol brillaba turbiamente, un orbe apagado y sin vida, rojo sangre y ominoso. Pero nos habíamos acostumbrado a ese sol rojo sangre. Con el humo era diferente. Nos mordía las fosas nasales y los ojos, y no había uno de nosotros cuyos ojos no estuvieran inyectados en sangre. Dirigimos nuestro rumbo hacia el sureste a través de las interminables millas de residencias suburbanas, viajando por donde

las primeras ondulaciones de colinas bajas se elevaban desde la llanura de la ciudad central. Era por este camino, únicamente, que podíamos esperar llegar al campo.

"Nuestro progreso fue dolorosamente lento. Las mujeres y los niños no podían caminar rápido. No soñaban con caminar, mis nietos, de la manera en que toda la gente camina hoy. En verdad, ninguno de nosotros sabía cómo caminar. No fue hasta después de la plaga que aprendí realmente a caminar. Así que el ritmo del más lento era el ritmo de todos, pues no nos atrevíamos a separarnos debido a los merodeadores. Ya no había tantos de estos bestias humanas de presa. La plaga ya había disminuido bien sus números, pero aún vivían suficientes para ser una amenaza constante para nosotros. Muchas de las hermosas residencias no habían sido tocadas por el fuego, sin embargo, había ruinas humeantes por todas partes. Los merodeadores, también, parecían haber superado su insensato deseo de quemar, y era más raro que viéramos casas recién incendiadas.

"Varios de nosotros exploramos entre los garajes privados en busca de automóviles y gasolina. Pero en esto no tuvimos éxito. Los primeros grandes vuelos desde las ciudades habían barrido todas esas utilidades. Calgan, un buen joven, se perdió en este trabajo. Fue asesinado por merodeadores mientras cruzaba un césped. Sin embargo, esta fue nuestra única baja, aunque, una vez, un bruto borracho abrió fuego deliberadamente contra todos nosotros. Afortunadamente, disparó alocadamente, y lo matamos antes de que hubiera hecho algún daño.

"En Fruitvale, aún en el corazón de la magnífica zona residencial de la ciudad, la plaga nos golpeó de nuevo. El profesor Fairmead fue la víctima. Haciéndonos señas de que su madre no debía saber, se desvió hacia los terrenos de una hermosa mansión. Se sentó desolado en los escalones de la veranda frontal, y yo, habiéndome detenido, le hice un último adiós con la mano. Esa noche, varias millas más allá de Fruitvale y aún en la ciudad, acampamos. Y esa noche cambiamos de campamento dos veces para alejarnos de

nuestros muertos. Por la mañana éramos treinta. Nunca olvidaré al presidente de la facultad. Durante la marcha de la mañana, su esposa, que caminaba, mostró los síntomas fatales, y cuando se apartó para dejarnos pasar, él insistió en dejar el automóvil y quedarse con ella. Hubo bastante discusión sobre esto, pero al final cedimos. Era lo mejor, pues no sabíamos cuáles de nosotros, si es que alguno, podría escapar finalmente.

"Esa noche, la segunda de nuestra marcha, acampamos más allá de Haywards en las primeras extensiones de campo. Y por la mañana quedábamos once de nosotros con vida. Además, durante la noche, Wathope, el profesor con la pierna herida, nos desertó en el automóvil. Se llevó consigo a su hermana y su madre y la mayoría de nuestras provisiones enlatadas. Fue ese día, por la tarde, mientras descansábamos al borde del camino, que vi el último dirigible que jamás veré. El humo era mucho más delgado aquí en el campo, y primero avisté la nave a la deriva y virando impotentemente a una elevación de dos mil pies. No podía conjeturar lo que había sucedido, pero incluso mientras mirábamos, vimos su proa inclinarse más y más hacia abajo. Entonces debieron reventar los mamparos de las diversas cámaras de gas, pues, casi perpendicular, cayó como un plomo a la tierra.

"Y desde ese día hasta hoy no he visto otro dirigible. A menudo, durante los años siguientes, escudriñé el cielo buscándolos, esperando contra la esperanza que en algún lugar del mundo la civilización hubiera sobrevivido. Pero no fue así. Lo que nos sucedió a nosotros en California debió haberle sucedido a todos en todas partes.

"Otro día, y en Niles éramos tres. Más allá de Niles, en medio de la carretera, encontramos a Wathope. El automóvil se había averiado, y allí, sobre las alfombras que habían extendido en el suelo, yacían los cuerpos de su hermana, su madre y él mismo.

"Cansado por el ejercicio inusual de caminar continuamente, esa noche dormí profundamente. Por la mañana estaba solo en el mundo. Canfield y Parsons, mis últimos compañeros, habían muerto

de la plaga. De los cuatrocientos que buscaron refugio en el Edificio de Química, y de los cuarenta y siete que comenzaron la marcha, solo yo quedaba—yo y el pony Shetland. Por qué esto fue así no hay explicación. No contraí la plaga, eso es todo. Era inmune. Simplemente fui el hombre afortunado entre un millón—como cada sobreviviente fue uno entre un millón, o, más bien, entre varios millones, pues la proporción fue al menos esa."

CAPÍTULO V

"Durante dos días me refugié en un agradable bosque donde no había habido muertes. En esos dos días, aunque muy deprimido y creyendo que mi turno llegaría en cualquier momento, sin embargo, descansé y me recuperé. También lo hizo el pony. Y al tercer día, poniendo la pequeña reserva de provisiones enlatadas que poseía en el lomo del pony, me puse en camino a través de una tierra muy solitaria. No encontré a ningún hombre, mujer o niño vivo, aunque los muertos estaban por todas partes. Sin embargo, la comida era abundante. La tierra entonces no era como es ahora. Estaba toda despejada de árboles y arbustos, y estaba cultivada. El alimento para millones de bocas estaba creciendo, madurando y echándose a perder. De los campos y huertos recogía verduras, frutas y bayas. Alrededor de las granjas abandonadas conseguía huevos y atrapaba gallinas. Y con frecuencia encontraba suministros de provisiones enlatadas en las despensas.

"Una cosa extraña era lo que estaba sucediendo con todos los animales domésticos. En todas partes se estaban volviendo salvajes y depredando unos sobre otros. Las gallinas y los patos fueron los primeros en ser destruidos, mientras que los cerdos fueron los primeros en volverse salvajes, seguidos por los gatos. Tampoco los

perros tardaron mucho en adaptarse a las condiciones cambiadas. Hubo una verdadera plaga de perros. Devoraban los cadáveres, ladraban y aullaban durante las noches, y durante el día merodeaban a la distancia. A medida que pasaba el tiempo, noté un cambio en su comportamiento. Al principio estaban separados unos de otros, muy suspicaces y muy propensos a pelear. Pero después de no mucho tiempo comenzaron a juntarse y correr en manadas. Verán, el perro siempre fue un animal social, y esto era cierto antes de que fuera domesticado por el hombre. En los últimos días del mundo antes de la plaga, había muchos tipos muy diferentes de perros: perros sin pelo y perros con pelaje cálido, perros tan pequeños que apenas servirían de bocado para otros perros que eran tan grandes como leones de montaña. Bueno, todos los perros pequeños y los tipos débiles fueron eliminados por sus compañeros. Además, los muy grandes no estaban adaptados para la vida salvaje y dejaron de reproducirse. Como resultado, los muchos tipos diferentes de perros desaparecieron, y quedaron, corriendo en manadas, los perros de tamaño mediano y aspecto lobuno que ustedes conocen hoy."

"Pero los gatos no corren en manadas, Granser", objetó Hoo-Hoo.

"El gato nunca fue un animal social. Como dijo un escritor en el siglo XIX, el gato camina solo. Siempre caminó solo, desde antes de ser domesticado por el hombre, a lo largo de las largas edades de domesticación, hasta hoy, cuando una vez más es salvaje.

"Los caballos también se volvieron salvajes, y todas las razas finas que teníamos degeneraron en el pequeño caballo mustang que conocen hoy. Las vacas también se volvieron salvajes, al igual que las palomas y las ovejas. Y que unas pocas gallinas hayan sobrevivido, ustedes mismos lo saben. Pero la gallina salvaje de hoy es algo bastante diferente de las gallinas que teníamos en esos días.

"Pero debo continuar con mi historia. Viajé a través de una tierra desierta. A medida que pasaba el tiempo, comencé a anhelar cada vez más la compañía humana. Pero nunca encontré a nadie, y me sentía cada vez más solo. Crucé el Valle de Livermore y las

montañas entre éste y el gran valle del San Joaquín. Ustedes no han visto ese valle, pero es muy grande y es el hogar del caballo salvaje. Hay grandes manadas allí, miles y decenas de miles. Lo revisité treinta años después, así que lo sé. Ustedes piensan que hay muchos caballos salvajes aquí en los valles costeros, pero no son nada comparados con los del San Joaquín. Curiosamente, las vacas, cuando se volvieron salvajes, regresaron a las montañas bajas. Evidentemente, podían protegerse mejor allí.

"En las zonas rurales, los saqueadores y merodeadores habían sido menos evidentes, pues encontré muchas aldeas y pueblos intactos por el fuego. Pero estaban llenos de muertos pestilentes, y pasé de largo sin explorarlos. Fue cerca de Lathrop donde, debido a mi soledad, recogí un par de perros collie que estaban tan recién liberados que estaban ansiosamente dispuestos a volver a su lealtad al hombre. Estos collies me acompañaron durante muchos años, y sus genes están en esos mismos perros que ustedes chicos tienen hoy. Pero en sesenta años la raza collie se ha extinguido. Estos brutos son más como lobos domesticados que cualquier otra cosa."

Hare-Lip se puso de pie, echó un vistazo para ver que las cabras estuvieran seguras, y miró la posición del sol en el cielo de la tarde, mostrando impaciencia ante la prolijidad del relato del anciano. Instado a apresurarse por Edwin, Granser continuó.

"Hay poco más que contar. Con mis dos perros y mi pony, y montando un caballo que había logrado capturar, crucé el San Joaquín y me dirigí a un valle maravilloso en la Sierra llamado Yosemite. En el gran hotel allí encontré una enorme provisión de alimentos enlatados. El pasto era abundante, al igual que la caza, y el río que corría por el valle estaba lleno de truchas. Permanecí allí tres años en una soledad absoluta que solo un hombre que ha sido altamente civilizado puede entender. Luego no pude soportarlo más. Sentía que me estaba volviendo loco. Como el perro, era un animal social y necesitaba a los de mi especie. Razoné que, ya que había sobrevivido a la plaga, existía la posibilidad de que otros hubieran sobrevivido. Además, razoné que después de tres años los gérmenes

de la plaga debían haber desaparecido y la tierra estar limpia de nuevo.

"Con mi caballo y los perros y el pony, partí. Nuevamente crucé el Valle del San Joaquín, las montañas más allá, y descendí al Valle de Livermore. El cambio en esos tres años fue asombroso. Toda la tierra había sido espléndidamente cultivada, y ahora apenas podía reconocerla, tal era el mar de vegetación exuberante que había invadido el trabajo agrícola del hombre. Verán, el trigo, las verduras y los árboles frutales siempre habían sido cuidados y atendidos por el hombre, por lo que eran suaves y tiernos. Las malas hierbas y arbustos silvestres y cosas así, por el contrario, siempre habían sido combatidos por el hombre, por lo que eran duros y resistentes. Como resultado, cuando se eliminó la mano del hombre, la vegetación silvestre asfixió y destruyó prácticamente toda la vegetación domesticada. Los coyotes habían aumentado enormemente, y fue en este momento que encontré por primera vez lobos, vagando en parejas y tríos y pequeñas manadas desde las regiones donde siempre habían persistido.

"Fue en el Lago Temescal, no lejos de lo que fue una vez la ciudad de Oakland, donde me encontré con los primeros seres humanos vivos. Oh, mis nietos, ¿cómo puedo describirles mi emoción cuando, montado en mi caballo y descendiendo la colina hacia el lago, vi el humo de una fogata elevándose entre los árboles? Casi se me detuvo el corazón. Sentí que me estaba volviendo loco. Entonces escuché el llanto de un bebé, un bebé humano. Y los perros ladraron, y mis perros respondieron. No sabía si no era el único humano vivo en todo el mundo. No podía ser cierto que aquí hubiera otros: humo y el llanto de un bebé.

"Saliendo al lago, allí, ante mis ojos, no a cien yardas de distancia, vi a un hombre, un hombre grande. Estaba de pie en una roca saliente y pescando. Estaba abrumado. Detuve mi caballo. Traté de gritar pero no pude. Agité mi mano. Me pareció que el hombre me miró, pero no pareció saludar. Entonces apoyé mi cabeza en mis brazos allí en la silla. Tenía miedo de mirar de nuevo, porque sabía

que era una alucinación, y sabía que si miraba el hombre se habría ido. Y tan preciosa era la alucinación que quería que persistiera un poco más. Sabía también que mientras no mirara, persistiría.

"Así permanecí, hasta que escuché a mis perros gruñir y la voz de un hombre. ¿Qué creen que dijo la voz? Se los diré. Dijo: '¿De dónde diablos saliste?'

"Esas fueron las palabras, las palabras exactas. Eso fue lo que tu otro abuelo me dijo, Hare-Lip, cuando me saludó allí en la orilla del Lago Temescal hace cincuenta y siete años. Y fueron las palabras más inefables que jamás haya escuchado. Abrí los ojos, y allí estaba él frente a mí, un hombre grande, moreno, peludo, de mandíbula pesada, cejas inclinadas, ojos feroces. No sé cómo bajé de mi caballo. Pero parecía que lo siguiente que supe fue que estaba estrechando su mano con ambas mías y llorando. Lo habría abrazado, pero él siempre fue un hombre de mente estrecha y suspicaz, y se apartó de mí. Sin embargo, me aferré a su mano y lloré."

La voz de Granser vaciló y se quebró al recordarlo, y las débiles lágrimas corrieron por sus mejillas mientras los muchachos miraban y se reían.

"Sin embargo, lloré", continuó, "y deseé abrazarlo, aunque el Chauffeur era un bruto, un perfecto bruto, el hombre más aborrecible que jamás he conocido. Su nombre era... extraño, cómo he olvidado su nombre. Todos lo llamaban Chauffeur; era el nombre de su ocupación, y se quedó con él. Es por eso que, hasta el día de hoy, la tribu que fundó se llama la Tribu de los Chauffeur.

"Era un hombre violento e injusto. Por qué los gérmenes de la plaga lo perdonaron nunca podré entender. Parecería, a pesar de nuestras antiguas nociones metafísicas sobre la justicia absoluta, que no hay justicia en el universo. ¿Por qué vivió él, un monstruo moral inicuo, una mancha en la faz de la naturaleza, un engañador cruel, implacable y bestial también? Todo de lo que podía hablar era de automóviles, maquinaria, gasolina y garajes, y especialmente, y

con gran deleite, de sus mezquinas raterías y sórdidas estafas a las personas que lo habían empleado en los días antes de la llegada de la plaga. Y sin embargo, fue perdonado, mientras cientos de millones, sí, miles de millones, de hombres mejores fueron destruidos.

"Fui con él a su campamento, y allí la vi a ella, Vesta, la única mujer. Fue glorioso y... lastimoso. Allí estaba ella, Vesta Van Warden, la joven esposa de John Van Warden, vestida con harapos, con manos marcadas, cicatrizadas y endurecidas por el trabajo, inclinada sobre la fogata y haciendo tareas serviles; ella, Vesta, que había nacido en la púrpura de la mayor baronía de riqueza que el mundo haya conocido. John Van Warden, su esposo, con un valor de mil ochocientos millones y presidente de la Junta de Magnates Industriales, había sido el gobernante de América. Además, sentado en la Junta Internacional de Control, había sido uno de los siete hombres que gobernaban el mundo. Y ella misma provenía de una estirpe igualmente noble. Su padre, Philip Saxon, había sido presidente de la Junta de Magnates Industriales hasta el momento de su muerte. Este cargo estaba en proceso de volverse hereditario, y si Philip Saxon hubiera tenido un hijo, ese hijo lo habría sucedido. Pero su única hija era Vesta, la flor perfecta de generaciones de la más alta cultura que este planeta haya producido. No fue hasta que se produjo el compromiso entre Vesta y Van Warden que Saxon indicó a este último como su sucesor. Estoy seguro de que fue un matrimonio político. Tengo razones para creer que Vesta nunca amó realmente a su esposo de la manera loca y apasionada de la que solían cantar los poetas. Era más como los matrimonios que se daban entre cabezas coronadas en los días antes de que fueran desplazadas por los Magnates.

"Y allí estaba ella, hirviendo un guiso de pescado en una olla cubierta de hollín, sus gloriosos ojos inflamados por el humo acre del fuego abierto. La suya era una historia triste. Ella fue la única sobreviviente entre un millón, como yo lo había sido, como el Chauffeur lo había sido. En una eminencia coronada de las colinas de Alameda, con vista a la Bahía de San Francisco, Van Warden

había construido un vasto palacio de verano. Estaba rodeado por un parque de mil acres. Cuando la plaga estalló, Van Warden la envió allí. Guardias armados patrullaban los límites del parque, y nada entraba en forma de provisiones o incluso correspondencia que no fuera primero fumigado. Y sin embargo, la plaga entró, matando a los guardias en sus puestos, a los sirvientes en sus tareas, arrasando todo el ejército de sirvientes, o al menos a todos los que no huyeron para morir en otra parte. Así fue como Vesta se encontró siendo la única persona viva en el palacio que se había convertido en una casa de muerte.

"Ahora, el Chauffeur había sido uno de los sirvientes que huyeron. Al regresar, dos meses después, descubrió a Vesta en un pequeño pabellón de verano donde no había habido muertes y donde ella se había establecido. Él era un bruto. Ella tenía miedo y huyó y se escondió entre los árboles. Esa noche, a pie, huyó a las montañas; ella, cuyos pies delicados y cuerpo delicado nunca habían conocido el golpe de las piedras ni el arañazo de las zarzas. Él la siguió, y esa noche la atrapó. La golpeó. ¿Entienden? La golpeó con esos terribles puños suyos y la convirtió en su esclava. Era ella quien tenía que recoger la leña, encender los fuegos, cocinar y hacer todo el trabajo degradante del campamento; ella, que nunca había realizado un acto servil en su vida. Estas cosas él la obligó a hacer, mientras él, un verdadero salvaje, elegía holgazanear en el campamento y mirar. No hacía nada, absolutamente nada, excepto en ocasiones cazar carne o pescar."

"Bien por el Chauffeur", comentó Hare-Lip en voz baja a los otros chicos. "Lo recuerdo antes de que muriera. Era un tipo duro. Pero hacía cosas y hacía que las cosas funcionaran. Ya sabes, papá se casó con su hija, y deberías ver cómo le daba una paliza a papá. El Chauffeur era un hijo de... Nos hacía a los niños mantenernos en línea. Incluso cuando estaba muriendo, me agarró una vez y me abrió la cabeza con ese palo largo que siempre tenía a su lado."

Hare-Lip se frotó la cabeza recordando, y los muchachos volvieron al anciano, que divagaba extáticamente sobre Vesta, la squaw del

fundador de la Tribu de los Chauffeur.

"Y así les digo que no pueden entender lo terrible de la situación. El Chauffeur era un sirviente, entiendan, un sirviente. Y él se encogía, con la cabeza inclinada, ante personas como ella. Ella era un señor de la vida, tanto por nacimiento como por matrimonio. Llevaba en la palma de su mano rosada y blanca los destinos de millones, como él. Y, en los días antes de la plaga, el más mínimo contacto con alguien como él habría sido contaminación. Oh, lo he visto. Una vez, recuerdo, estaba la señora Goldwin, esposa de uno de los grandes magnates. Fue en un embarcadero, justo cuando estaba embarcando en su dirigible privado, que se le cayó el parasol. Un sirviente lo recogió y cometió el error de entregárselo a ella, ¡a ella, una de las más grandes damas reales de la tierra! Ella retrocedió, como si él fuera un leproso, e indicó a su secretaria que lo recibiera. Además, ordenó a su secretaria que averiguara el nombre de la criatura y se asegurara de que fuera despedido inmediatamente del servicio. Y una mujer así era Vesta Van Warden. Y el Chauffeur la golpeó y la hizo su esclava.

"—Bill, eso era; Bill, el Chauffeur. Ese era su nombre. Era un hombre miserable y primitivo, totalmente carente de los instintos más finos y los impulsos caballerosos de un alma culta. No, no hay justicia absoluta, pues a él le tocó esa maravilla de la feminidad, Vesta Van Warden. La gravedad de esto nunca la entenderán, mis nietos; pues ustedes mismos son pequeños salvajes primitivos, inconscientes de otra cosa que no sea la barbarie. ¿Por qué Vesta no pudo haber sido mía? Yo era un hombre de cultura y refinamiento, profesor en una gran universidad. Aun así, en la época antes de la plaga, dada su posición exaltada, no se habría dignado a saber que yo existía. Marquen, entonces, la degradación abismal a la que cayó en manos del Chauffeur. Nada menos que la destrucción de toda la humanidad había hecho posible que yo la conociera, mirara en sus ojos, conversara con ella, tocara su mano—sí, y la amara y supiera que sus sentimientos hacia mí eran muy amables. Tengo razones para creer que ella, incluso ella, me habría amado, no habiendo ningún otro hombre en el mundo excepto el Chauffeur. ¿Por qué,

cuando destruyó ocho mil millones de almas, no destruyó la plaga a un hombre más, y ese hombre el Chauffeur?

"Una vez, cuando el Chauffeur estaba pescando, ella me suplicó que lo matara. Con lágrimas en los ojos me suplicó que lo matara. Pero él era un hombre fuerte y violento, y yo tenía miedo. Después, hablé con él. Le ofrecí mi caballo, mi pony, mis perros, todo lo que poseía, si me daba a Vesta. Y él me sonrió en la cara y negó con la cabeza. Fue muy insultante. Dijo que en los viejos tiempos había sido un sirviente, había sido tierra bajo los pies de hombres como yo y de mujeres como Vesta, y que ahora tenía a la dama más grande de la tierra como su sirvienta para cocinar su comida y cuidar a sus críos. 'Tuviste tu día antes de la plaga', dijo; 'pero este es mi día, y es un maldito buen día. No cambiaría de vuelta a los viejos tiempos por nada.' Tales palabras pronunció, pero no son sus palabras. Era un hombre vulgar y de mente baja, y juramentos viles caían continuamente de sus labios.

"Además, me dijo que si me sorprendía haciéndole ojos a su mujer, me retorcería el cuello y le daría una paliza a ella también. ¿Qué podía hacer? Tenía miedo. Era un bruto. Esa primera noche, cuando descubrí el campamento, Vesta y yo tuvimos una gran conversación sobre las cosas de nuestro mundo desaparecido. Hablamos de arte, libros y poesía; y el Chauffeur escuchaba y sonreía y se burlaba. Estaba aburrido y enfadado por nuestra forma de hablar que no comprendía, y finalmente habló y dijo: 'Y esta es Vesta Van Warden, antigua esposa de Van Warden el Magnate, una belleza altiva y presumida, que ahora es mi squaw. Eh, Profesor Smith, los tiempos han cambiado, los tiempos han cambiado. Aquí, tú, mujer, quítame los mocasines, y rápido. Quiero que el Profesor Smith vea lo bien que te he entrenado.'

"Vi cómo apretaba los dientes, y la llama de la rebelión subir en su rostro. Él echó hacia atrás su nudoso puño para golpear, y yo tuve miedo, y me sentí enfermo de corazón. No podía hacer nada para prevalecer contra él. Así que me levanté para irme y no ser testigo de tal indignidad. Pero el Chauffeur se rió y me amenazó con una

paliza si no me quedaba y lo presenciaba. Y me senté allí, forzado, junto al fuego del campamento en la orilla del Lago Temescal, y vi a Vesta, Vesta Van Warden, arrodillarse y quitar los mocasines de ese bruto humano, peludo y parecido a un simio, que sonreía.

"—Oh, ustedes no entienden, mis nietos. Nunca han conocido otra cosa, y no entienden.

"'Domesticada y obediente', se jactó el Chauffeur, mientras ella realizaba esa terrible tarea servil. 'Un poco terca a veces, Profesor, un poco terca; pero un golpe al lado de la mandíbula la hace tan mansa y gentil como un cordero.'

"Y en otra ocasión dijo: 'Tenemos que empezar de nuevo y repoblar la tierra y multiplicarnos. Estás en desventaja, Profesor. No tienes esposa, y estamos ante una situación regular del Jardín del Edén. Pero no soy orgulloso. Te diré qué, Profesor.' Señaló a su pequeño infante, de apenas un año. 'Ahí está tu esposa, aunque tendrás que esperar a que crezca. Es rico, ¿no? Todos somos iguales aquí, y yo soy el sapo más grande en el charco. Pero no soy presumido, no yo. Te hago el honor, Profesor Smith, el gran honor de prometerte a mi hija y la de Vesta Van Warden. ¿No es una maldita lástima que Van Warden no esté aquí para verlo?'"

CAPÍTULO VI

"Viví tres semanas de tormento infinito allí en el campamento del Chauffeur. Y luego, un día, cansado de mí o de lo que para él era mi mala influencia sobre Vesta, me dijo que el año anterior, vagando por las colinas de Contra Costa hasta el Estrecho de Carquinez, había visto humo al otro lado del Estrecho. Esto significaba que aún había otros seres humanos, y durante tres semanas me había ocultado esta información de valor incalculable. Partí de inmediato,

con mis perros y caballos, y viajé a través de las colinas de Contra Costa hasta el Estrecho. No vi humo al otro lado, pero en Port Costa descubrí una pequeña barcaza de acero en la que pude embarcar a mis animales. Un viejo lienzo que encontré me sirvió de vela, y una brisa del sur me llevó a través del Estrecho y hasta las ruinas de Vallejo. Allí, en las afueras de la ciudad, encontré evidencias de un campamento recientemente ocupado.

"Muchas conchas de almejas me mostraron por qué estos humanos habían venido a las orillas de la bahía. Esta era la Tribu de Santa Rosa, y seguí su rastro a lo largo del antiguo derecho de vía del ferrocarril a través de los pantanos salados hasta el Valle de Sonoma. Allí, en la antigua fábrica de ladrillos en Glen Ellen, me encontré con el campamento. Había dieciocho almas en total. Dos eran ancianos, uno de los cuales era Jones, un banquero. El otro era Harrison, un prestamista retirado, que había tomado como esposa a la matrona del Hospital Estatal para Enfermos Mentales en Napa. De todas las personas de la ciudad de Napa y de todas las demás ciudades y pueblos en ese valle rico y populoso, ella había sido la única sobreviviente. Luego estaban los tres jóvenes: Cardiff y Hale, que habían sido agricultores, y Wainwright, un simple jornalero. Los tres habían encontrado esposas. A Hale, un agricultor rudo e iletrado, le había tocado Isadora, el mayor premio, después de Vesta, de las mujeres que sobrevivieron a la plaga. Ella era una de las cantantes más famosas del mundo, y la plaga la había atrapado en San Francisco. Ha hablado conmigo durante horas, contándome sus aventuras, hasta que, finalmente, rescatada por Hale en la Reserva Forestal de Mendocino, no le quedó más remedio que convertirse en su esposa. Pero Hale era un buen tipo, a pesar de su falta de educación. Tenía un agudo sentido de la justicia y el trato justo, y ella era mucho más feliz con él que Vesta con el Chauffeur.

"Las esposas de Cardiff y Wainwright eran mujeres comunes, acostumbradas al trabajo, con constituciones fuertes, justo el tipo para la nueva vida salvaje que se vieron obligadas a vivir. Además, había dos adultos idiotas del hogar para débiles mentales en Eldredge, y cinco o seis niños pequeños e infantes nacidos después

de la formación de la Tribu de Santa Rosa. También estaba Bertha. Ella era una buena mujer, Labio Leporino, a pesar de las burlas de tu padre. La tomé por esposa. Ella fue la madre de tu padre, Edwin, y del tuyo, Hoo-Hoo. Y fue nuestra hija, Vera, quien se casó con tu padre, Labio Leporino; tu padre, Sandow, que era el hijo mayor de Vesta Van Warden y el Chauffeur.

"Y así fue como me convertí en el decimonoveno miembro de la Tribu de Santa Rosa. Solo hubo dos forasteros añadidos después de mí. Uno fue Mungerson, descendiente de los Magnates, que vagó solo en los bosques del norte de California durante ocho años antes de venir al sur y unirse a nosotros. Fue él quien esperó doce años más antes de casarse con mi hija, Mary. El otro fue Johnson, el hombre que fundó la Tribu de Utah. De allí venía, Utah, un país que está muy lejos de aquí, al otro lado de los grandes desiertos, hacia el este. No fue hasta veintisiete años después de la plaga que Johnson llegó a California. En toda esa región de Utah reportó solo tres sobrevivientes, él mismo uno, y todos hombres. Durante muchos años estos tres hombres vivieron y cazaron juntos, hasta que, al final, desesperados, temiendo que con ellos la raza humana perecería por completo del planeta, se dirigieron al oeste con la posibilidad de encontrar mujeres sobrevivientes en California. Solo Johnson atravesó el gran desierto, donde sus dos compañeros murieron. Tenía cuarenta y seis años cuando se unió a nosotros, y se casó con la cuarta hija de Isadora y Hale, y su hijo mayor se casó con tu tía, Labio Leporino, que era la tercera hija de Vesta y el Chauffeur. Johnson era un hombre fuerte, con voluntad propia. Y fue por esto que se separó de los Santa Rosanos y formó la Tribu de Utah en San José. Es una tribu pequeña; solo hay nueve en ella; pero, aunque está muerto, tal fue su influencia y la fuerza de su estirpe, que crecerá en una tribu fuerte y desempeñará un papel principal en la recivilización del planeta.

"Solo hay otras dos tribus que conocemos: los Angelinos y los Carmelinos. Estos últimos comenzaron con un hombre y una mujer. Él se llamaba López, y descendía de los antiguos mexicanos y era muy moreno. Era un vaquero en las sierras más allá de Carmel, y su

esposa era una sirvienta en el gran Hotel Del Monte. Pasaron siete años antes de que nos pusiéramos en contacto por primera vez con los Angelinos. Tienen un buen país allá abajo, pero es demasiado cálido. Estimo la población actual del mundo entre trescientos cincuenta y cuatrocientos, siempre que, por supuesto, no haya pequeñas tribus dispersas en otras partes del mundo. Si las hay, no hemos oído hablar de ellas. Desde que Johnson cruzó el desierto desde Utah, no ha llegado palabra ni señal del Este ni de ningún otro lugar. El gran mundo que conocí en mi infancia y juventud se ha ido. Ha dejado de existir. Soy el último hombre que estuvo vivo en los días de la plaga y que conoce las maravillas de ese tiempo lejano. Nosotros, que dominamos el planeta—su tierra, mar y cielo—y que éramos como verdaderos dioses, ahora vivimos en una salvajería primitiva a lo largo de los cursos de agua de este país de California.

"Pero estamos aumentando rápidamente; tu hermana, Labio Leporino, ya tiene cuatro hijos. Estamos aumentando rápidamente y preparándonos para un nuevo ascenso hacia la civilización. Con el tiempo, la presión de la población nos obligará a expandirnos, y dentro de cien generaciones podemos esperar que nuestros descendientes crucen las Sierras, avanzando lentamente, generación tras generación, a lo largo del gran continente para colonizar el Este, una nueva deriva aria alrededor del mundo.

"Pero será lento, muy lento; tenemos mucho que escalar. Caímos tan desesperadamente lejos. ¡Si al menos un físico o un químico hubiera sobrevivido! Pero no estaba destinado a ser así, y hemos olvidado todo. El Chauffeur comenzó a trabajar en hierro. Hizo la fragua que usamos hasta el día de hoy. Pero era un hombre perezoso, y cuando murió se llevó con él todo lo que sabía sobre metales y maquinaria. ¿Qué podía saber yo de tales cosas? Yo era un erudito clásico, no un químico. Los otros hombres que sobrevivieron no estaban educados. Solo dos cosas logró el Chauffeur: la destilación de bebidas fuertes y el cultivo del tabaco. Fue mientras estaba borracho, una vez, que mató a Vesta. Creo

firmemente que mató a Vesta en un ataque de crueldad alcohólica, aunque siempre sostuvo que ella cayó al lago y se ahogó.

"Y, mis nietos, déjenme advertirles contra los hombres-medicina. Se hacen llamar doctores, parodiando lo que una vez fue una noble profesión, pero en realidad son hombres-medicina, brujos, y fomentan la superstición y la oscuridad. Son tramposos y mentirosos. Pero tan degradados y rebajados estamos, que creemos sus mentiras. Ellos también aumentarán en número a medida que nosotros aumentemos, y se esforzarán por gobernarnos. Sin embargo, son mentirosos y charlatanes. Miren al joven Bizco, haciéndose pasar por doctor, vendiendo amuletos contra la enfermedad, prometiendo buena caza, intercambiando promesas de buen tiempo por buena carne y pieles, enviando el palo de la muerte, realizando mil abominaciones. Sin embargo, les digo que cuando dice que puede hacer estas cosas, miente. Yo, el Profesor Smith, el Profesor James Howard Smith, digo que miente. Se lo he dicho en su cara. ¿Por qué no me ha enviado el palo de la muerte? Porque sabe que conmigo es inútil. Pero tú, Labio Leporino, tan profundamente hundido estás en la negra superstición que si despertaras esta noche y encontraras el palo de la muerte a tu lado, seguramente morirías. Y morirías, no por ninguna virtud en el palo, sino porque eres un salvaje con la mente oscura y nublada de un salvaje.

"Los doctores deben ser destruidos, y todo lo que se perdió debe ser descubierto nuevamente. Por lo tanto, les repito con fervor ciertas cosas que deben recordar y contar a sus hijos después de ustedes. Deben decirles que cuando el agua se calienta con fuego, reside en ella una cosa maravillosa llamada vapor, que es más fuerte que diez mil hombres y que puede hacer todo el trabajo del hombre por él. Hay otras cosas muy útiles. En el rayo reside un sirviente igualmente poderoso del hombre, que antaño fue su esclavo y que algún día volverá a ser su esclavo.

"Algo completamente diferente es el alfabeto. Es lo que me permite conocer el significado de finas marcas, mientras que

ustedes, muchachos, solo conocen la escritura pictográfica rudimentaria. En esa cueva seca en Telegraph Hill, a donde me ven ir a menudo cuando la tribu está junto al mar, he guardado muchos libros. En ellos hay gran sabiduría. También, con ellos, he colocado una clave del alfabeto, de modo que quien conozca la escritura pictográfica también pueda conocer la impresión. Algún día los hombres volverán a leer; y entonces, si no ha ocurrido ningún accidente en mi cueva, sabrán que el Profesor James Howard Smith vivió una vez y les guardó el conocimiento de los antiguos.

"Hay otro pequeño dispositivo que los hombres inevitablemente redescubrirán. Se llama pólvora. Fue lo que nos permitió matar con certeza y a largas distancias. Ciertas cosas que se encuentran en el suelo, cuando se combinan en las proporciones correctas, harán esta pólvora. Cuáles son estas cosas, las he olvidado, o tal vez nunca las supe. Pero desearía saberlo. Entonces haría pólvora, y ciertamente mataría a Bizco y libraría la tierra de la superstición..."

"Cuando sea adulto, le voy a dar a Bizco todas las cabras, carne y pieles que pueda conseguir, para que me enseñe a ser doctor", afirmó Hoo-Hoo. "Y cuando lo sepa, haré que todos los demás se sienten y tomen nota. Se postrarán en el suelo ante mí, puedes apostar."

El anciano asintió con solemnidad y murmuró:

"Es extraño oír los vestigios y remanentes del complicado lenguaje ario cayendo de los labios de un pequeño salvaje sucio vestido de pieles. Todo el mundo está al revés. Y ha estado al revés desde la plaga."

"No me harás sentarme", presumió Labio Leporino ante el aspirante a hombre-medicina. "Si te pagara por enviar el palo de la muerte y no funcionara, te rompería la cabeza, ¿entiendes, Hoo-Hoo?"

"Voy a hacer que el Granser recuerde esto de la pólvora", dijo Edwin suavemente, "y entonces los tendré a todos corriendo. Tú, Labio Leporino, pelearás por mí y conseguirás mi carne, y tú, Hoo-

Hoo, enviarás el palo de la muerte por mí y harás que todos tengan miedo. Y si atrapo a Labio Leporino tratando de romperte la cabeza, Hoo-Hoo, lo arreglaré con esa misma pólvora. El Granser no es tan tonto como piensan, y voy a escucharlo y algún día seré el jefe de todos ustedes."

El anciano negó con la cabeza tristemente y dijo:

"La pólvora vendrá. Nada puede detenerla; la misma vieja historia una y otra vez. El hombre aumentará, y los hombres lucharán. La pólvora permitirá a los hombres matar a millones de hombres, y solo de esta manera, por fuego y sangre, se desarrollará una nueva civilización en algún día remoto. ¿Y de qué servirá? Así como la antigua civilización pasó, así pasará la nueva. Puede tomar cincuenta mil años construirla, pero pasará. Todas las cosas pasan. Solo permanecen la fuerza cósmica y la materia, siempre en flujo, siempre actuando y reaccionando y realizando los tipos eternos: el sacerdote, el soldado y el rey. De la boca de los niños sale la sabiduría de todas las edades. Algunos lucharán, algunos gobernarán, algunos rezarán; y todos los demás trabajarán y sufrirán mientras sobre sus cuerpos sangrantes se levanta de nuevo, y una y otra vez, sin fin, la asombrosa belleza y el maravilloso esplendor del estado civilizado. Sería igual de bueno que destruyera esos libros almacenados en la cueva; ya sea que permanezcan o perezcan, todas sus viejas verdades serán descubiertas, sus viejas mentiras vividas y transmitidas. ¿Cuál es la ganancia...?"

Labio Leporino saltó de pie, echando una rápida mirada a las cabras pastando y al sol de la tarde.

"¡Caray!", murmuró a Edwin, "el viejo se vuelve más parlanchín cada día. Vamos al campamento."

Mientras los otros dos, ayudados por los perros, reunían a las cabras y las conducían hacia el sendero a través del bosque, Edwin se quedó junto al anciano y lo guió en la misma dirección. Cuando llegaron al antiguo derecho de vía, Edwin se detuvo repentinamente y miró hacia atrás. Labio Leporino y Hoo-Hoo y los perros y las

cabras siguieron adelante. Edwin estaba mirando una pequeña manada de caballos salvajes que había bajado a la arena dura. Había al menos veinte de ellos, potros jóvenes y añejos y yeguas, liderados por un hermoso semental que estaba en la espuma al borde de las olas, con el cuello arqueado y brillantes ojos salvajes, oliendo el aire salado del mar.

"¿Qué pasa?", preguntó Granser.

"Caballos", fue la respuesta. "Primera vez que los veo en la playa. Los leones de montaña se están haciendo más y más numerosos y los están empujando hacia abajo."

El sol bajo disparaba rayos rojos de luz, en forma de abanico, desde un horizonte cubierto de nubes. Y muy cerca, en el blanco desperdicio de las aguas azotadas por la orilla, los leones marinos, bramando su viejo canto primitivo, salían del mar sobre las rocas negras y luchaban y amaban.

"Vamos, Granser", instó Edwin. Y el anciano y el muchacho, vestidos con pieles y bárbaros, se volvieron y siguieron el derecho de vía hacia el bosque tras las cabras.

FIN

iGracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**

1. [La peste escarlata - Jack London](#)
2. [Capítulo I](#)
3. [Capítulo II](#)
4. [Capítulo III](#)
5. [Capítulo IV](#)
6. [Capítulo V](#)
7. [Capítulo VI](#)